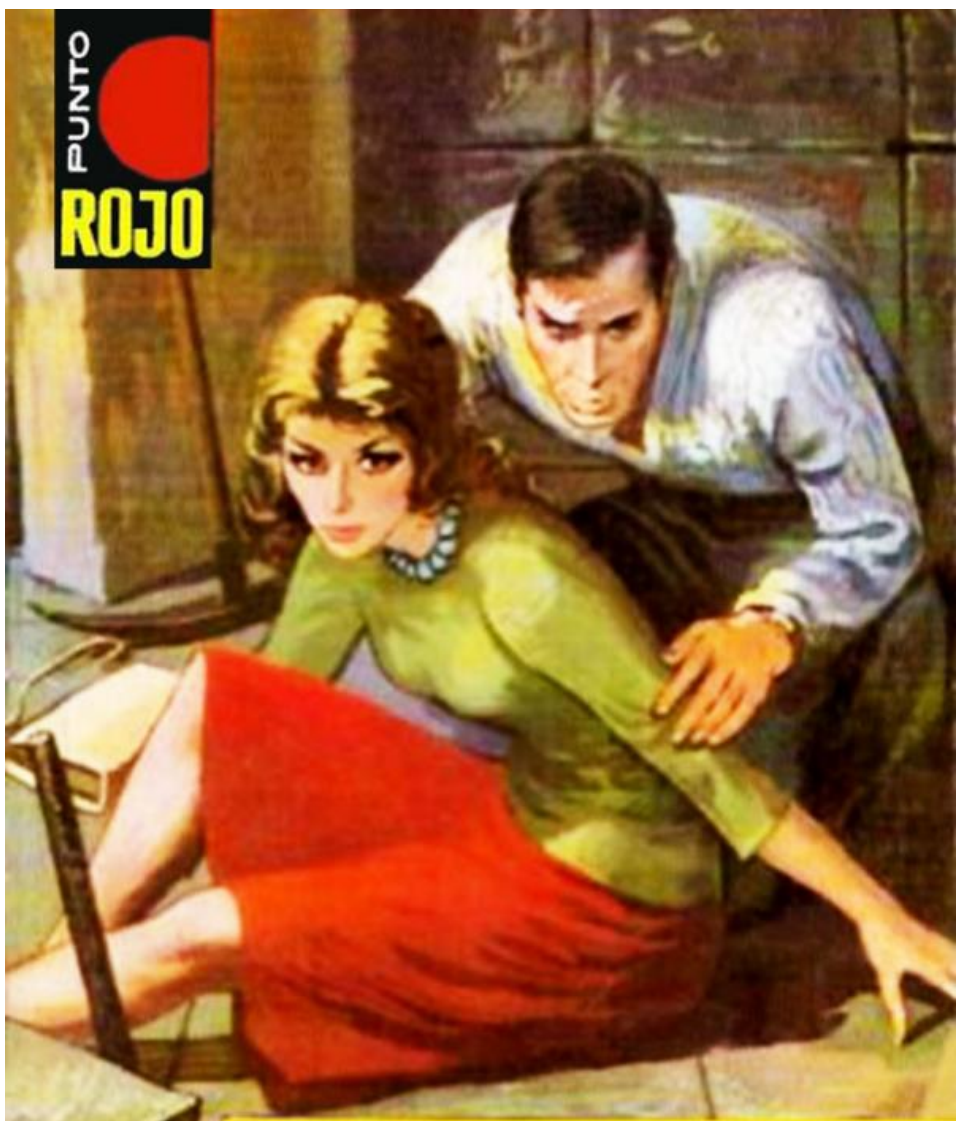


PUNTO

ROJO

An illustration of a man and a woman in a dramatic scene. The woman is sitting on the floor, wearing a green top and a red skirt, looking up at the man. The man is leaning over her, wearing a light blue shirt, looking down at her with a serious expression. The background is dark and textured.

ESTAN BAJO UNA LOSA

clark carrados

BB

ESTÁN BAJO UNA LOSA

CLARK CARRADOS

ESTÁN BAJO UNA LOSA

Colección PUNTO ROJO n.º 104

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 2.382 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN ABRIL - 1964

© CLARK CARRADOS - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© JAIME PROVENSAL - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 595/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
842 — "Rancho 6-3-3"
- En Colección SERVICIO SECRETO:
709 — La bola negra.
- En Colección BÚFALO:
515 — Venganza fatal.
- En Colección CALIFORNIA:
376 — Asesino y traidor.
- En Colección COLORADO:
312 — Trampa sin salida.
- En Colección KANSAS:
246 — La herradura mellada.
- En Colección BRAVO OESTE:
155 — Valle Feliz.
- En Colección PUNTO ROJO:
100 — Triángulo de muerte.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
390 — De través sobre el caballo.
- En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
77 — ¡Yo lucho hasta el fin!
- En Colección ARCHIVO SECRETO:
2 — Nunca pierdas la cabeza.
- En Colección ASES DEL OESTE:
256 — El hombre del dólar de plata.

CAPÍTULO PRIMERO

Son las siete de la mañana. Según mi inveterada costumbre de muchos años, me despierto con puntualidad cronométrica, sin la molesta ayuda del rechinante timbre del despertador, adminículo para muchos tan necesario como el cepillo de dientes o la afeitadora eléctrica. Afortunadamente, yo he conseguido prescindir de ese aparato y, les aseguro, sólo en muy contadas ocasiones suelo fallar.

Mi sueño ha sido sólido y compacto, como de costumbre. Apagué la luz a las once en punto, después de haber leído una adormecedora novela policíaca. Las ocho horas siguientes han transcurrido lo que literalmente se dice, de un solo tirón. Me siento ágil y fresco, completamente descansado y dispuesto a empezar la tarea del nuevo día.

Abro los ojos. ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? No es mi severo dormitorio habitual, sino otro de estilo mucho más antiguo, incluso con un pesado baldaquino de viejo tejido rojo con cenefa de borlas doradas. ¿A qué se debe este repentino cambio de decoración?

Ahora lo recuerdo. Es que no estoy en mi confortable cuarto de soltero del número 311 de la Rue de la Liberation, de Nancy, donde suelo residir normalmente. Ahora estoy en la «Maison des Deux Nations». Extraño, nombre, ¿no es verdad? «La Casa de las Dos Naciones». ¿Por qué la llaman así? No tardaremos mucho en saberlo.

Salto de la cama y, sin detenerme, corro hacia la ducha. El agua fría choca contra mi cuerpo. Resoplo, me agito, me friego a conciencia. Luego salgo, me seco y me doy unas ligeras fricciones con el agua de colonia varonil que suelo usar normalmente. A continuación me visto: pantalones de franela gris, calcetines azul oscuro y cómodos zapatos de blando cuero, con el aditamento de un

holgado *pullover* verde fuerte y un pañuelo de seda de un verde algo más oscuro, con unos cuantos lunares de color granate. Me echo la billetera con la documentación al bolsillo posterior, junto con las llaves de mi modesto 2 CV y el monedero, amén del «Silver Match» y el paquete de «Gauloises» que nunca falta en mis bolsillos. Me gusta el tabaco negro y no fumo otro. ¿Por qué estúpidos esnobismos con tabacos que parecen hechos de paja?

Ya estoy listo para bajar a desayunar al comedor de la «Maison». Antes de hacerlo, reflexiono un poco sobre los acontecimientos que me han traído aquí, a un lugar situado a unos ciento veinte kilómetros del de mi residencia habitual.

Recuerdo la carta que recibí en Nancy hace algunos días:

«Si el señor profesor de Historia Moderna de Francia, M. Alain Graffais, desea hacer acopio de datos para una eventual tesis doctoral, los dueños de la “Maison des Deux Nations” tendrán sumo placer en acogerle como huésped predilecto y proporcionarle libre acceso a los archivos de la casa.

»En el entretanto, queda de usted, su afectísimo,

»H. Kerz-Hérault».

R. S. V. P.

[1]

¡Extraña combinación de apellidos!, pensé al recibir la carta. Un Kerz netamente teutón y un Hérault de rotunda ascendencia gala. ¿Es quizá por esto que la casa ha recibido ese nombre?

Confieso que la proposición me picó. Aunque no soy precisamente un ratón de biblioteca, sí poseo ciertas aspiraciones, entre las cuales figura, naturalmente, la de ascender en mi carrera y llegar a ser un día algo más que un simple ayudante de Letras en el Lycée de Nancy. De modo que, cuando recibí la carta, hice mis cálculos y algunas diligencias y, a renglón seguido, envié mi respuesta al señor H. Kerz-Hérault, participándole que llegaría el dos de octubre a la «Maison des Deux Nations».

Claro que antes tuve que arreglar la cuestión de mi sustitución

en el Liceo, pero el director era un hombre comprensivo y me concedió un permiso extra de un mes sin sueldo. Estimaba que con ese plazo tendría más que suficiente para adquirir los datos que necesito para mi tesis doctoral.

Una familia en la cual los apellidos germánicos y franceses van unidos. Incomprensible combinación, a fe mía. ¿Por qué?

El caso es que llegué anoche a la «Maison». El señor Kerz-Hérault no estaba en pie para recibirme —según me dijeron, su delicado estado de salud le obliga a acostarse a la puesta de sol—, pero la persona que vi a mi llegada, me informó que el señor Kerz-Hérault tendría mucho gusto en saludarme a la hora del desayuno.

Esa persona que me recibió era una mujer de unos treinta años, de mediana estatura y curvas sensuales, pelirroja, de ojos verdes y labios pulposos. Está en la difícil edad en que una mujer, si no sabe cuidarse adecuadamente, engorda y se estropea en un par de años. No sé si Tamara

D'André-Kerz

—otra extraña combinación de apellidos francoalemanes—, sabrá o no cuidarse; la doble barbilla que ya ha hecho su aparición aunque tímidamente, es un mal síntoma. Sin embargo, todavía es una mujer subyugante y turbadora. El perfume que usa contribuye a acentuar el aura de sensualidad que emana de su cuerpo opulento.

Poco después de mi llegada, y tras el correspondiente aseo, cenamos en el comedor de la mansión, una vasta pieza de las dimensiones de un hangar, adornada con una enorme chimenea de repisa de mármol labrado, en cuyo centro está el escudo de la familia, la más incongruente combinación de emblemas heráldicos que uno podría soñar: la cruz de los Caballeros Teutónicos y los lises de Francia.

¡Es para volverse loco al contemplar una cosa semejante!

Por supuesto, no cenamos solos Tamara y yo, aunque tampoco tuvimos excesiva compañía: su esposo, un sujeto cuarentón, de ojos saltones, de anfibio, y manos vacilantes por el alcohol que debe ingerir en cantidades industriales. Apenas habló durante la cena después de saludarme, y si dijo algo el tartajeo provocado por el licor no dejó que entendiéramos apenas sus palabras. Ah, sí, me olvidaba; el nombre del esposo de Tamara es ¡Wolf!

Hubo también otro comensal: un chiquillo de trece años,

menudos, enteco, con claros síntomas de acromegalia, pero nada tonto en absoluto; al contrario, muy vivo y despierto y hablando siempre, más que con desparpajo, yo diría que con un cinismo impropio de su edad. El nombre del muchachuelo es Antoine Kerz-Annelcq y aunque no de cuerpo, sí está muy desarrollado de espíritu. Demasiado desarrollado, diría yo. alguna de las preguntas que me hizo, me pusieron en un verdadero aprieto y sólo la flexible diplomacia de Tamara consiguió salvarme de hacer el ridículo en más de una ocasión.

Por supuesto, hay más habitantes en la casa, pero anoche sólo vi a los citados. Espero conocer a los restantes en el desayuno.

Bien, ya estoy listo, ya es hora de bajar al hangar... digo, perdón, al comedor. Antes de hacerlo, se me ocurre echar un vistazo a través de la ventana.

Mi dormitorio está situado en el piso primero de la «Maison», a unos cinco o seis metros sobre el suelo. El edificio, casi con aspecto de castillo, está rodeado por un gigantesco parque, lleno de árboles de todas clases: olmos, robles, tilos, encinas, álamos, castaños de Indias, alerces... una verdadera flora natural. Ya en el otoño las hojas han caído en buena parte y el suelo está cubierto de una espesa alfombra rojodorada, que produce un magnífico aspecto de vistosidad, aunque no puedo evitar que la contemplación del parque me produzca un vago sentimiento de melancolía. ¡Es el otoño, sin duda alguna!

¿O acaso me siento yo melancólico porque presiento que el verano de mi vida se está pasando estérilmente? ¡Pero un hombre no puede hablar todavía de otoño a los treinta y cuatro años!

Sacudo la cabeza para alejar de mí tan tristes pensamientos. Me dispongo a abandonar la ventana y en aquel momento, presencio una escena singular.

Antoine, el muchacho, está fumando placenteramente, situado bajo un tilo. Una mujer se le acerca, con ánimo de reprenderle.

La mujer tiene mis años, más o menos. Es de sana apariencia, rubicunda, de pechos voluminosos y amplias caderas, una guapota mujer que hará sin duda las delicias de los campesinos de los alrededores. Aún tiene las carnes firmes y duras. Dentro de unos años, sin embargo...

La mujer se acerca a Antoine, el muchachuelo. No la oigo, pero

por sus gestos y ademanes, veo que lo está reprendiendo. Antoine, empero, hace caso omiso de la reprensión y ríe, ríe desvergonzadamente. La mujer se irrita y de un manotazo, le lanza el cigarrillo al suelo.

Entonces, Antoine hace algo que me deja totalmente estupefacto: levanta la mano derecha y agarra un pecho de la mujer.

La reacción de ella es fulminante; de un bofetón, derriba al muchacho por tierra. Antoine queda en el suelo, sorprendido y, por primera vez desde que lo conozco, asustado y desconcertado. La mujer se inclina sobre él y le dice ásperamente algo que no logro entender. Luego gira sobre sus talones y se marcha, contoneando aparatosamente sus pomposas caderas.

Antoine se pone en pie lentamente, con la mano en la mejilla. Mira a la rolliza mujer que se aleja. No se ha dado cuenta de que le espío tras la ventana. Observo en el muchacho algo que me asusta: una demoníaca expresión de odio. Masculla algo entre dientes y luego, rehaciéndose, se inclina, recoge el cigarrillo y se lo pone de nuevo entre los labios.

Un encogimiento de hombros señala claramente que el bofetón, como reprensión, le ha dejado indiferente. ¡Pero esa mirada de odio satánico...!

Abandono el dormitorio y salgo al corredor. Entonces, oigo que alguien sisea, llamándome.

CAPÍTULO II

Vuelvo la cabeza. Una mano se agita, haciéndome señas de que acuda. Camino hacia allí.

La puerta se abre un poco más y la mano se cierra en torno a mi brazo, como la garra de un ave rapaz, introduciéndome en la estancia de un tirón. Luego, la dueña de la mano, cierra la puerta y me mira.

Yo también la miro. Y casi me asusto.

Es una mujer de edad indefinible; lo mismo puede tener treinta y cinco, que cincuenta años; alta, delgada, huesuda, de clavículas que se marcan aun a través de las ropas flotantes que cubren su cuerpo y que le confieren la apariencia de un fantasma. Tiene el pelo ratonil y los ojos, enormes, brillan enfebrecidos. A no ser por la vivacidad de sus pupilas, diríase que es un cadáver viviente.

—¿Quién es usted? —pregunta, con voz estridente—. ¿El nuevo siquiatra?

Respingo. Yo, siquiatra, ¡qué absurdo!

—Perdón, señora —contesto—. Soy el profesor Graffais, del Liceo de Nancy.

—Ah, el historiador —dice ella, un tanto decepcionada—. Bueno, me alegro. Yo no estoy loca, ¿sabe usted, profesor?

Inclinó levemente la cabeza.

—De lo cual me alegro profundamente, señora...

—Señorita —corrige ella—. Señorita Kerz-Beautouge. Pero puede llamarme Sandra, como hacen todos. Aquí nadie usamos los tratamientos, ¿sabe?

Sonrio.

—En tal caso, llámeme Alain, Sandra; ése es mi nombre.

—Alain —repite Sandra como un eco—. Me gusta —y de

repente, sus ojos chispean—. A usted le han traído para averiguar el paradero de los cuerpos, ¿no?

Otra vez respingo.

—¿Qué cuerpos, Sandra? —inquiero.

—No se haga el tonto, Alain, demasiado lo sabe. Pero si quiere fingir que mantiene el secreto... —Se encoge de hombros—. Bueno, por mí no se moleste, es igual. Sin embargo, voy a hacerle una advertencia.

—Muchas gracias, Sandra.

Ella se me acerca. Su aliento arde. Confidencialmente, dice:

—Tenga cuidado, mucho cuidado. Ellos creen que estoy loca... y yo les dejo con su creencia. Pero no lo estoy, ¿comprende? Tenga cuidado, repito; la «Maison» está plagada de asesinos. ¡Todos son asesinos! —Enfatiza dramáticamente.

(Sí, está loca, loca como una chiva. Pero ¿quién es el guapo que se lo dice?).

Procuro poner mi mejor cara.

—Gracias, Sandra —digo casi en el mismo tono—. Tendré mucho cuidado con los asesinos.

—Pero, sobre todo, con Marianne. ¡Es la peor de todos!

—Marianne —dijo.

—Sí, la misma —me empuja hacia la puerta—. Y ahora, no diga a nadie que ha hablado conmigo. Vigile, Alain, vigile.

Salgo del dormitorio de Sandra Kerz-Beautouge completamente aturdido, mientras suena una estridente carcajada a mis espaldas. ¡Y dice que no está loca!

Mientras desciendo la amplia escalinata que conduce al vestíbulo y de éste al comedor, pienso en el breve diálogo que acabo de sostener con Sandra.

No pienso en lo que me ha dicho de que todos los habitantes de la «Maison» son unos asesinos, ni en que Marianne —a quien no conozco todavía—, es la peor de todos. Esto bien puede ser una obsesión suya, propia de una mente enferma.

Pero sí pienso en otra frase que ha pronunciado.

A usted le han traído para averiguar el paradero de los cuerpos.

¿Qué cuerpo?, me pregunto. Los locos están locos, pero ¡cuántas veces no dicen las verdades! ¿Habrás dicho Sandra ahora alguna verdad?

¡Aterradora verdad, en tal caso!

Despego, esos pensamientos de mi cerebro y abro la puerta del comedor.

Hay dos personas sentadas a la enorme mesa de oscuro y patinado roble. Antoine es una de ellas. El aspecto modoso del muchachuelo contrasta con el de hace sólo unos momentos, cuando cometió aquella lasciva indignidad con la rolliza mujer que le reprendía. Me mira y calla.

La otra persona es un sujeto ya anciano, casi calvo, con barbita de chivo y ojillos penetrantes y astutos. Me imagino que ése debe ser H. Kerz-Hérault.

Y no me equivoco. Sin levantarse, el calvo me tiende la mano derecha, sorprendentemente fría y viscosa.

—El profesor Graffais, supongo —dice—. Soy Hubert Kerz-Hérault, el autor de la carta que recibió usted días atrás.

—Muy honrado, señor —contesto.

Kerz-Hérault me indica un asiento frente a él.

—Siéntese, profesor. Desayune con nosotros.

—Gracias, señor.

El desayuno consiste en café con leche, panecillos calientes, mantequilla y mermelada. Mientras charlamos del tiempo, entra una mujer vestida con el atuendo tradicional de las doncellas: vestido negro y cofia blanca. El vestido parece pegado a sus curvas jóvenes y rotundas. Más que bonita, la doncella es graciosa. Sonríe constantemente, con una expresión entre incitante y respetuosa, que contribuye a aumentar más todavía el animal atractivo que se desprende de su exuberante anatomía.

Revolotea en torno a la mesa con suma agilidad, con fáciles movimientos. Antoine tiene la vista metido en el plato. ¿Por qué se muestra ahora tan comedido?

En cambio, el calvo sigue con ojos lúbricos los contoneantes movimientos de la seductora doncella, la cual se parece complacer especialmente en atraer la atención del anciano. Una o dos veces, los negros ojos de Gaby —ése es su nombre—, me miran intencionadamente. Hago caso omiso de la llamada que late en su mirada y me aplico a untar de mantequilla la mitad de un bollo.

Gaby se marcha al fin, con gran desconsuelo del viejo y una mirada de júbilo del desvergonzado Antoine. ¡Este crío es más vivo

que el propio Satanás!

Entonces, el señor Kerz-Hérault se encara conmigo.

—¿Profesor?

—Dígame, señor —murmuro cortésmente.

—¿Sería incorrecto preguntarle de cuánto tiempo dispone para permanecer entre nosotros?

—En absoluto —contestó—. Puedo agradecerles su amabilidad durante todo este mes de octubre. Es el tiempo de permiso que me ha concedido el director del Liceo.

—Magnífico, magnífico —murmura el calvo—. Bien, en tal caso, no corre prisa alguna que empiece sus investigaciones, profesor. Mañana, pasado tal vez.

Disimulo mi sorpresa.

—A su gusto, señor —digo.

—Tendrá tiempo de sobra, profesor —reafirma Kerz-Hérault—. El día de hoy puede dedicarlo al descanso, aunque, ni que decir tiene, la biblioteca está a su disposición, por si quiere entretenerse leyendo. Le aseguro que hallará cosas interesantes.

¿Más interesantes que la propia «Maison» y sus habitantes?

Kerz-Hérault prosigue:

—Gozará usted de entera libertad de movimientos, profesor. Si desea algo que no tengamos en la «Maison», puede encargárnoslo y con gusto lo traeremos de Eguissan. La aldea está situada a ocho kilómetros tan solo y François, nuestro guardabosque, iría con el automóvil.

—Muy amable —musito.

—Puede pasearse también por el parque; es muy frondoso y contiene rincones especialmente agradables. Además, tenemos la suerte de que hace un otoño magnífico.

—Es verdad —comento, sin comprometerme a nada.

—Su presencia aquí nos resultará muy interesante, muy interesante —el señor Kerz-Hérault tiene la manía de repetir algunas palabras—. Pero ya tendremos tiempo de hablar más adelante. Ah, se me olvidaba una cosa.

Su sonrisa de chivito desaparece de repente.

—Mi hijastra Sandra está loca. Puede que se encuentre con ella. Le contará hechos de fábula, absurdos. Sígale la corriente, su locura es pacífica, ¿comprende?

—Sí, señor —no sé por qué, callo el hecho de que ya conozco a la demente.

Kerz-Hérault agita una mano volublemente.

—Ella, por supuesto, le dirá que no está loca. Es una desgracia, una desgracia... mi desgracia, profesor.

—Lo comprendo y le expreso mis condolencias —murmuro cortésmente.

—De vez en cuando, traemos a un siquiatra para que la examine. Debe venir un día de éstos, aunque, desdichadamente, no se puede hacer nada por la pobre Sandra.

—Ciertamente lastimoso —concuero.

El calvo baja los ojos un momento. Luego, de repente, se vuelve hacia el crío, que es todo oídos, y le dice:

—Antoine, sal.

—Pero, abuelo...

—¡Sal, repito! —dice el viejo con voz metálica, estridente.

Antoine tira su servilleta sobre la mesa con gesto violento. Se pone en pie. Su cráneo acromegálico se balancea ligeramente sobre un cuello ridículamente delgado, en tanto que sus ojos despiden chispas de ira. De nuevo es el desvergonzado muchachuelo que acarició con precoz lascivia a la mujer que lo reprendía.

¿Por qué no estás ya en el colegio?

—Está bien —dice, apretando los labios. Me dirige una inclinación de cabeza—. Profesor.

—Adiós, Antoine.

La puerta se cierra con fuerte golpe. Entonces, el calvo se inclina hacia mí.

—Tengo entendido que anoche conoció usted a mi sobrina Tamara.

—En efecto, señor.

—Le recomiendo tenga cuidado con ella. Es... una prójima desvergonzada y carente de pudor. Podría haber sido muy distinta, si se hubiera casado con un hombre y no con un candidato a la cirrosis de hígado, ¿comprende?

Disimulo una sonrisa. Aunque metafórica, la imagen calificativa sobre el marido de Tamara es sorprendentemente exacta.

—Es una esponja, una esponja —sigue Kerz-Hérault—. Ya era un sujeto abúlico y sin voluntad cuando se casó con ella, pero ahora se

ha convertido en poco menos que un guiñapo en manos de Tamara —los menudos ojuelos del viejo chispean—. ¡Si no hubiera sido porque es un D'André-Kerz!

—Comprendo —digo. En esta casa, todos tienen de una forma u otra, el apellido Kerz—. ¿Ella es también una Kerz?

—Sí, Kerz-Annelcq. Parece imposible, pero es verdad. Tamara y Antoine son hermanos.

—Ah —digo especulativamente.

El viejo se reclina en el sillón y me mira.

—Espero que su estancia en la «Maison» sea fructífera, profesor —dice, cambiando el tema bruscamente.

Voy a contestarle algo, pero en ese momento se abre la puerta.

Es una mujer la que penetra en la pieza. La miro.

Camina con paso largo y fácil. Es alta, esbelta, de líneas finas pero compactas, ojos muy azules y cabellos rubios, cenicientos, caídos sueltos a lo largo de los hombros. Viste falda escocesa a cuadros rojos y azules y se cubre los hombros con una chaqueta de punto gris azulado. Calza zapatos de tacón, tipo deportivo. Es muy bonita, pero su belleza queda un tanto paliada por la expresión de tristeza que amarga sus delicadas facciones.

Me pongo en pie, Kerz-Hérault presenta:

—Mi sobrina Marianne, el profesor Alain Graffais.

¡Marianne, la peor de todos!

Tiendo la mano hacia ella. Es cálida y fina, agradable al tacto.

—Encantado, señorita.

—El placer es mío, profesor. Por favor.

Me siento. Ella lo hace a mi costado.

—Marianne, ya sabes a qué ha venido el profesor —dice Kerz-Hérault.

—Sí, tío —contesta ella sosegadamente.

—Entonces, no te diré más, excepto que si te lo pide y tú quieres, puedes servirle de guía.

—Lo haré con mucho gusto, aunque el profesor habrá de disculparme en la presente ocasión. Hoy he de ir a Eguissan, tío.

Un relámpago de ira brilla en la mirada de Kerz-Hérault. Parece que no le agrada mucho que Marianne vaya a Eguissan. ¿Por qué?

Vaya usted a saber. Alguna más de las innumerables rarezas que,

al parecer, son el denominador común de esta familia.

—Requeriré los servicios de tan encantador guía en mejor ocasión —sugiero cortésmente.

Marianne me dirige una rápida mirada, en la cual veo que mi galantería no le ha agradado en absoluto. Seria y reconcentrada, se absorbe en la tarea de embadurnar un panecillo con mermelada.

El resto del desayuno transcurre en un sepulcral silencio. Cuando termino, me pongo en pie y manifiesto que voy a darme un pequeño paseo por el parque y que luego me asomaré a la biblioteca. Kerz-Hérault da el visto bueno a mi idea con borrosa sonrisa.

A mi saludo de despedida, Marianne contesta con una leve inclinación de cabeza.

Salgo fuera de la casa.

CAPÍTULO III

La «Maison» es una imponente construcción que casi parece una fortaleza a causa de la reciedumbre de sus muros. Tiene los techos de pizarra gris, muy inclinados, con numerosas ventanas tipo bohardilla, lo cual significa que el piso que hay inmediatamente debajo está habitado. A la derecha de la casa, es decir, hacia el este, se halla adosado un sólido y abrumador torreón cuadrado, cuya altura total es un tercio más del total de la casa, con algunas aspilleras en distintos planos, que son otras tantas aberturas que deben dar luz a la escalera en caracol que accede a la plataforma superior, almenada y también con algunas aspilleras.

En el lado opuesto están los edificios auxiliares: cuadras, garajes, almacenes, cuarto de herramientas y un gran gallinero, por el que pululan, cacareantes, hasta un centenar de aves de corral. Cuando salgo, la mujer rolliza que pegó a Antoine, está dando de comer a las gallinas.

Doy la vuelta a la casa y me adentro en el parque, por un sendero cubierto de hojarasca. El tibio sol de otoño se filtra por entre los ramajes del bosque que circunda la casa, proporcionando unos maravillosos contrastes de sol y sombra, sumamente agradables de contemplar.

En pocos minutos me alejo de la casa lo suficiente para quedar envuelto en un augusto silencio, quebrado únicamente por el leve rumor de las hojas secas al crujir aplastadas por mis pies. No se mueve un solo soplo de aire y la atmósfera tiene ese agradable olor de los parques silenciosos y callados, mezcla a su vez de distintos olores: hojas muertas, perfumes de los arbustos que a veces crecen silvestres entre los troncos, humedad, alguna ráfaga accidental de un pino aislado... No sé por qué, de repente me parece que este

mismo olor ya lo he respirado antes, aunque no consigo recordar dónde. Quizá en algún parque parecido, acaso en el mismo Bois de Boulogne de París, en algún melancólico paseo otoñal cuando estudiaba en la Sorbona.

Mientras camino, voy pensando en la extraña familia que tiene como común denominador en su apellido la germánica partícula Kerz. Todos son primos y parientes entre sí de alguna manera... ¿También Marianne? Ahora que caigo, no me han dicho su apellido. Pero no cabe la menor duda de que también es una Kerz, si se recuerda que llamó «tío» al calvo.

¿Qué es lo que une a estas gentes, aparte del parentesco? Éste no es siempre un seguro nexo de unión entre varias personas; la común ascendencia no es remedio seguro contra odios y antagonismos, antes bien, al contrario, suele desencadenarlos a veces con muchísima más profundidad que si se tratase de extraños.

Y entre los habitantes de la «Maison», más que unión, hay tolerancia. Pero no la tolerancia propia de una coexistencia basada en ciertos lazos o en ciertas ideas más o menos compartidas, sino la tolerancia derivada de unos intereses comunes que, de no existir, se transformaría en peligrosa rivalidad.

Me pregunto qué intereses comunes puede haber para que los Kerz... se toleren, entre sí. ¿La «Maison»?

Poco puede dar de sí, en el terreno económico se entiende, una casa semejante. El parque, por lo que veo, está inculto; nadie se cuida de él ni de sus árboles, pese a que exista un sujeto, al cual no conozco todavía, con el pomposo título de guardabosque. Matorrales, arbustos y malezas, abundan por todas partes; incluso los troncos de muchos añejos árboles están cubiertos por completo por la hiedra. Ahora identifico mejor el olor que percibí antes: es un olor a cosa muerta, abandonada, sin cuidado, el olor característico de lugares semejantes. ¿Dónde lo he percibido, yo antes de estos momentos?

Pero sigamos con lo que íbamos diciendo. Ni la casa ni el parque son entidades económicas suficientes para sostener a los Kerz... luego, ¿de qué viven? ¿Qué es lo que los une? ¿Un viejo caserón con tejas de pizarra y unas cuantas hectáreas de parque que es más bien un bosque?

De repente, entre los árboles, diviso la estructura de una rara

construcción. Olvido cuanto pienso y acelero el paso ligeramente. Me sorprende enormemente al ver una cosa tan extraña:

Tratase de un antiquísimo claustro románico, cuya antigüedad oscila entre los siglos X y XII, a juzgar por la extrema sencillez de las esculturas de los capiteles de sus columnas y los arcos de medio punto, lisos y sencillos, sin la menor talla en sus gráciles curvas. El claustro tiene forma de paralelogramo, de unos veinticinco metros de largo por quince de ancho, con una especie de parapeto o antepecho entre columna y columna, de sesenta centímetros de alto.

Está cerrado completamente, excepto por el extremo occidental, en el cual falta el antepecho y el arco es algo mayor que los restantes. Es como la puerta de entrada al recinto interior del claustro, la mayoría de cuyos arcos y columnas están cubiertos por hiedra y otras plantas trepadoras. Sin embargo, el claustro es pieza única; no hay el menor rastro de que se haya construido alguna vez la iglesia, capilla o el convento correspondiente; ni tan siquiera restos de un principio de una edificación semejante.

Lo más sorprendente de todo, sin embargo, es la monumental piscina de quietas y transparentes aguas que hay en el centro del recinto. La piscina mide unos dieciocho metros de largo por diez de ancho y en su tersa superficie flotan algunas hojas desprendidas de los árboles. Así, pues, las columnas y arcos del claustro forman como una especie de singular pérgola en torno a la piscina; y el conjunto resultaría de una belleza insuperable, a no ser porque alguien ha blasfemado arquitectónicamente, colocando un trampolín para saltos en un lado de la piscina.

El contraste entre el medievo y la era atómica es evidente.

De pronto, algo estalla dentro de mi ánimo. Ya no es el olor el que me resulta familiar, sino el claustro y la piscina, haciendo abstracción, naturalmente, del trampolín.

Es como si yo hubiese estado antes en aquel lugar o como si lo hubiese visto en sueños.

¡Pero jamás he estado en la «Maison» antes de ahora!

¿Por qué me resulta familiar el claustro?

Una extraña e indefinible emoción invade mi ánimo. Paréceme por unos momentos que soy el viajero que llega al término de su viaje, al final de un largo éxodo, al sitio en donde nació, por lo menos, vivió la mayor parte de su existencia, y se emociona al

recorrer queridos parajes vistos y amados en su niñez.

Repito, yo jamás he estado en la «Maison».

Y sin embargo, ¿por qué me parece todo tan familiar?

Saco un «Gaulois» y me lo pongo en la boca. Aspiro las primeras bocanadas de humo, mientras dejo volar la fantasía. Premonición, sexto sentido, don de profetizar, visión remota del futuro... y muchos términos más semejantes se agitan y bailan una frenética zarabanda en mi cerebro.

Bruscamente, suena una voz a mi lado.

—¿No tiene una cerilla para mí, profesor?

Vuelvo la cabeza con rapidez, súbitamente sobresaltado por el sonido de la voz. Antoine está delante de mí, con gesto insolente, las manos en los bolsillos de sus tejanos ridículamente ajustados a sus flacas piernecillas, sonriendo con descaro sin igual.

Me dan ganas de soltarle un cachete, pero me contengo; de nada serviría. En cuanto pudiese, pediría a otro la cerilla o las robaría en la cocina. Saco el encendedor y le prendo fuego, convencido de que quizá sea mejor tenerlo por amigo.

—Gracias, profesor —contesta después de haber encendido, exhalando una gran bocanada de humo—. Le gusta el lugar, ¿eh?

—Sí, es muy bonito —reconozco.

—En el verano se está muy bien. Ahora da asco —dice el muchachuelo despectivamente—. Hace demasiado frío para bañarse a gusto.

—¿Tú te bañas aquí?

—Sí, claro. En las vacaciones.

—Pero las vacaciones han pasado. El curso ha dado comienzo ya.

—Es que todavía no tengo ganas de ir al colegio. Espero.

—¿A qué, Antoine?

Chupa el cigarrillo mientras se encoge de hombros y me contesta algo ininteligible.

—¿Qué curso llevas? —pregunto.

—Segundo de Letras. Pero no sé si seguiré. Me aburre estudiar —dice tan fresco—. Oiga, profesor —añade de pronto—, tengo entendido que usted es un «as» en Historia Moderna de Francia.

—Un poco —confieso modestamente.

—Aquí tendrá mucho material para sus estudios —dice, con el

aplomo de una persona mayor—. Hay mucho mucho que estudiar.

—¿No puedes darme tú un anticipo, Antoine? Sugíereme algo, te lo suplico.

Se quita el cigarrillo de la boca y escupe de lado. ¡Es realmente odioso este chicuelo!

—Ya se enterará. En la biblioteca... o por medio de mi hermana.

—¿Tamara?

Una luz singular brilla en los sagaces ojos del crío.

—Tenga cuidado con ella. Es... —Y pronuncia una palabra intranscribible.

—¡Antoine! —le reprendo—. Un caballero no habla nunca así de una dama, y menos si esa dama es su hermana.

—Es que ni yo soy un caballero ni Tamara es una dama —ríe desvergonzadamente, como si hubiese hecho un chiste realmente gracioso.

—A pesar de todo, existe algo que se llama buena educación.

—Bueno, lo siento —dice, con cara de todo lo contrario. Apura el cigarrillo y lo lanza al agua. La brasa chasquea y se apaga—. Tamara puede contarle cosas interesantes de la «Maison».

—¿Y Marianne, no? —aventuro.

Una luz singular, pero indescifrable, brilla en los ojos del crío.

—Marianne —sus labios se tuercen en una mueca desagradable—. Parece una mosquita muerta, pero si yo le contase...

—Recuerda que eres un caballero —le reprocho.

—Bah —dice, encogiéndose de hombros.

—A propósito —pregunto—, ¿cuál es el apellido de Marianne?

—Rachel-Kerz.

—Será prima tuya, por supuesto.

—Claro. Todos lo somos aquí.

—¿Francoalemanes?

—Sí, claro. ¿Es que no salta a la vista? —contesta en tono irritante.

—Excúsame, Antoine. De todas formas —añado, deseoso de adquirir su confianza—, si mientras permanezco en la «Maison» tienes deseos de refrescar tus estudios de Letras...

El odioso chiquillo suelta una atroz carcajada.

—Estudiar, ¡qué tontería!, Profesor, pero ¿es que no se ha dado cuenta de los verdaderos motivos por los cuales le escribió el

vejestorio?

—Para investigar...

—... Acerca del paradero de los cuerpos.

La repetición de la frase de la loca me deja estupefacto. Quiero hacerle más preguntas, a fin de aclarar este enigma, pero antes de que pueda hacerlo, el crío escapa a todo correr.

Me quedo solo en el claustro, sumamente pensativo.

Empiezo a preguntarme si habré hecho bien aceptando la invitación de Hubert Kerz-Hérault. El ambiente que flota en torno a la «Maison» es sumamente desagradable y no me gusta nada. De buena gana tomaría ahora mismo mi 2 CV y escaparía de vuelta a Nancy... pero algo me dice que no debo hacer tal cosa, que he de continuar en esta casa.

Enciendo otro cigarrillo. Lentamente, mientras reflexiono, me acerco al borde de la piscina y contemplo la quieta superficie de las aguas.

De repente, veo que el agua de la piscina asciende hacia mí. ¿Qué pasa?. ¿Por qué se desborda?

Un tremendo rugido atruena mi cabeza. Lo último que percibo es el choque de mi cuerpo contra la superficie líquida. La frialdad, del agua me envuelve instantáneamente. Todo se vuelve negro.

CAPÍTULO IV

El color negro se desvanece gradualmente en otro algo más claro, un verde muy oscuro. Eso significa que acabo de abrir los ojos en el seno de la masa líquida y trato de mirar a través de la misma.

Pero no consigo ver nada. Lo único que siento es la frialdad del agua y el lacerante dolor de mi nuca, semejante al de una barra de hierro candente atravesándome el cráneo de parte a parte.

Permanezco unos momentos sumido en una placentera semiinconsciencia, pese al frío y al dolor, una agradable laxitud que me hace abandonarme a todo durante unos segundos.

Bruscamente, noto una extraña molestia. ¡No respiro!

¡Estoy ahogándome!

Un sentimiento de pánico me invade durante algunos momentos. Braceo frenéticamente y asciendo a la superficie. Un chorro de aire puro penetra en mis pulmones, aliviando la dolorosa opresión de unos segundos antes.

¿Quién me ha golpeado? ¿Querían matarme?

Nado penosamente hacia la orilla de la piscina. La nuca me palpita con latidos dolorosos allí donde he recibido el golpe. Con una mano me agarro al borde de la piscina y con la otra me tanteo la nuca, en donde un bulto de regular tamaño empieza ya a hacer su aparición.

Inspiro con fuerza un par de veces. Luego, tomando impulso, salgo fuera del agua.

Han querido matarme, no me cabe la menor duda.

¿Por qué?

Lo ignoro. Sólo sé una cosa: el asesino erró su intento.

No me golpeó lo suficientemente fuerte como para provocar un

desvanecimiento más prolongado, que habría terminado sin duda, con mi vida. Asfixia por inmersión, dictamen forense.

¿Y el golpe en la nuca? ¿No habría revelado que se trataba de un crimen?

Un asesino con ganas de ocultar su delito, no habría dejado un rastro semejante. ¿Pensaba hacer luego desaparecer mi cuerpo?

Es imposible pensar coordinadamente tal como me encuentro. La temperatura, en esta época del año, y más en las vecindades de la frontera francoalemana, no tiene nada de agradable.

Tirito violentamente. Me pongo en pie y echo a correr hacia la «Maison». El ejercicio me hace reaccionar un tanto.

Al llegar a las cercanías de la casa, diviso una puerta en la parte posterior. Me dirijo hacia ella y la abro. Da a la cocina.

Hay una mujer en ella. Me mira y se sorprende enormemente al verme de tan extraña guisa. Casi está a punto de lanzar un grito. Es la mujer que pegó a Antoine.

—Soy el profesor Graffais —digo—. Paseaba al borde la piscina, perdí pie y...

La mujer sonrío comprensivamente. Tiene aspecto simpático.

—Soy Sabine, la cocinera. Suba a su cuarto, profesor; le llevaré un tazón de leche caliente con ron.

—Es usted muy amable, Sabine. Muchas gracias.

Salgo de la cocina, atravieso un oscuro corredor y llego al vestíbulo. Subo los escalones de cuatro en cuatro. Al llegar al rellano superior, estoy a punto de tropezarme con Tamara.

—¡Profesor!

Tamara se muestra grandemente sorprendida de verme en tal estado. Le «explico» lo sucedido.

Ella rompe a reír.

—¡Estos sabios distraídos...! —comenta jocosamente.

Tengo que reír para seguirle la corriente. Es preciso.

La miro unos momentos. Viste un ceñido *pullover* de cuello alto, un par de números más pequeño de lo necesario, destinado a hacer resaltar las macizas curvas de sus senos, que se agitan mientras ríe. Mi pequeña «aventura» le divierte mucho, al parecer.

—Vaya, vaya a su habitación —dice—. Séquese pronto, no vaya a pillar una pulmonía, profesor.

—Lo tendré en cuenta, señora —digo.

—Tamara, para usted —dice, insinuante, con un rápido aleteo de sus pestañas espesamente cargadas de *rimmel*.

En ese momento oigo una voz.

—¡Tamara! —Suenan irritada y colérica.

Ella vuelve apenas la cabeza.

—¿Qué quieres, Wolf?

—¿Con quién diablos estás hablando?

Tamara me mira y emite una sonrisa cómplice. Baja la voz y dice:

—Mi amo y señor me reclama. Hasta luego, profesor —y luego contesta—: Voy al instante, Wolf.

Y se aleja, moviendo cadenciosamente sus opulentas caderas. Al llegar a la puerta de donde ha salido la voz, apoya una mano en el costado y adopta una postura incitante, a la vez que me mira a través de los párpados entornados, mientras sonrío suavemente.

Luego entra en la habitación. Inmediatamente, suena de nuevo la colérica voz de Wolf

D'André-Kerz.

Y ella no se queda atrás contestándole.

¡*Mon Dieu!*

Corro a mi habitación y me cambio rápidamente de ropa, tras unas friegas con alcohol. Cuando estoy terminando de vestirme, suenan unos nudillos en la puerta.

Doy permiso. Gaby, la curvilínea doncella y encanto de los ojos de Hubert Kerz-Hérault entra con una bandeja, sobre la cual se ve un tazón humeante.

—Sabine me entregó esto para usted, profesor —dice, haciendo aletear sus pestañas.

Termino de atarme un pañuelo de seda en torno al cuello, mientras contesto:

—Déjelo ahí, muchas gracias, Gaby.

La doncella obedece. Luego se aleja hacia la salida, ondulando como una serpiente. ¡*Tonnerre!* ¿Qué les pasa a las mujeres de esta casa? Antes de salir, Gaby vuelve ligeramente la cabeza, me mira y sonrío. Después cierra la puerta.

Me acerco a la mesa y tomo el tazón. Está lleno de una explosiva combinación de café y ron, que me hace sudar. Verdaderamente, la rolliza Sabine ha cargado la mano, pero la bebida está magnífica.

Enciendo un «Gaulois». ¿A qué cuerpos se han referido los dos hermanos?

Primero Tamara y luego Antoine. Cuerpos... no serán de animales, sino de personas. ¿Acaso me han creído un enterrador a la inversa?

Me siento muy preocupado, ya que tengo la sensación de haber sido tomado como una especie de conejillo de Indias, aunque no sé exactamente para qué, la verdad.

¿Unos cuerpos? Indudablemente, se refieren a unos cadáveres. Pero, en tal caso, ¿qué puede haber en esos cadáveres?

Inhalo el humo varias veces seguidas, mientras contemplo el parque fijamente. ¡Esa sensación de haber estado antes en algunas partes de la «Maison», pero sobre todo en el claustro!

El resto de la jornada ha transcurrido sin novedad apreciable. A mediodía hemos comido cada uno por nuestro lado. ¡Extraña casa!

Cuando llegué al comedor, no había nadie. Gaby me indicó que no era preciso que esperase a los demás, de modo que, como el accidente no me había quitado el apetito, comí yo solo. Ahora son las siete de la tarde y estoy en la biblioteca, hojeando un libro.

Es de noche ya. El libro resulta interesante, pero, a pesar de todo, de cuando en cuando, mi mente desvaría ligeramente.

Me es imposible olvidar el golpe recibido, el intento de asesinato de que he sido objeto. ¿Qué fin tiene el haberme hecho venir desde Nancy para asesinarme?

Hay cosas que uno no puede entender todavía.

Oigo de repente el rumor de un automóvil. Me mueve la curiosidad y no puedo evitar acercarme a una de las ventanas de la biblioteca. Aparto ligeramente las cortinillas y miro hacia el exterior.

Alguien ha encendido la luz del gran portón de entrada, la cual ilumina ampliamente la pequeña explanada que hay delante de la fachada principal. Un viejo 4 – 4 se ha detenido al pie de la escalera de acceso.

La puerta se abre y Marianne se apea. Luego saca del asiento posterior algunos paquetes. Se dirige hacia la escalera, en el momento en que Gaby se precipita a ayudarla. Marianne rechaza el ofrecimiento con un gesto brusco.

Gaby se queda parada. Marianne pasa por delante de la doncella

con el gesto arisco. Parece ser que Gaby no es persona que le agrade.

—¿Interesantes las existencias de la biblioteca, profesor?

La pregunta suena tan bruscamente, que me sobresalto. Vuelvo la cabeza. Es Wolf

D'André-Kerz.

—Sí, he visto algunos libros de gran atractivo —contesto.

El esposo de Tamara parece bebido nuevamente. Sin embargo, su pulso es firme al encender un cigarrillo. Luego avanza hacia mí.

—¿Hizo usted la guerra, profesor? —pregunta de una manera incongruente.

—No —contesto—. Era demasiado pequeño entonces... Cuando estalló, tenía solamente diez años.

—Es cierto —sonríe el señor

D'André-Kerz

—. No me había percatado de su juventud. A pesar de todo, quizá guarde algún mal recuerdo de aquella época.

—¿Qué francés no lo guarda? —contesto—. Sí, ciertamente; sobre todo, los últimos dieciocho meses fueron para mí muy malos. No sé cómo llegué a sobrevivir.

—¿Qué le ocurrió, profesor? ¿Acaso estaba en zona de combate después del desembarco?

—No —le miro fijamente—. A los trece años me llevaron a un campo de prisioneros.

—¡Cómo! —se sorprende mi interlocutor—. ¿A un chiquillo?

—Y a mis padres —añado sombríamente—. Nos arrestaron a los tres.

—¿Y sus padres?

Han pasado muchos años, pero todavía siento algo extraño cada vez que rememoro la trágica despedida.

—Se los llevaron una madrugada. No he vuelto a saber de ellos —digo.

D'André-Kerz

frunce el ceño.

—Perdón. No debí haber traído a su memoria recuerdos tan amargos.

—No tiene importancia —contesto. ¿Por qué diablos me preguntó si había estado en la guerra?

—Temo no haberme portado con gran discreción —dice el esposo de Tamara. Luego cambia el tema—. ¿Espera encontrar algo atractivo en la biblioteca para su tesis?

«En la casa y no para mi tesis, precisamente», pienso.

—Espero que sí, señor

D'André-Kerz

—respondo.

—Lo celebro mucho. Bien, profesor, le dejo entregado a su trabajo. Hasta luego.

—Adiós.

Sale de la biblioteca y me lo quedo mirando, hasta que desaparece de mi vista. Extraña actitud la del tipo al preguntarme por mi actuación en la guerra.

Me paso una mano por la frente. Aquellos tiempos son demasiado malos para querer recordarlo. El campo de prisioneros era algo infernal para los mayores, de modo que es fácil imaginarse lo que podía ser para un chiquillo de trece años.

Todavía recuerdo la madrugada en que se los llevaron unos esbirros de las S.

S. Mis

padres eran jóvenes aún y se amaban apasionadamente. Me querían mucho... y nos separaron brutalmente. ¡Aquel sargento de guardianes que me retenía con una mano, mientras que con la otra me tapaba la boca para impedirme gritar! Luego le mordí y a poco más le arranco el dedo de un mordisco, pero ¡qué importaba el daño que pudiera hacerle, si ya se habían llevado a mis padres!

No volví a verlos jamás.

Dieciocho años después del fin de la guerra, todavía sigo ignorando su paradero. ¿En qué lugar desconocido de Francia o Alemania yacerán sus restos?

Respiro con fuerza. Es preciso alejar de la mente tan lúgubres recuerdos.

La cena ha transcurrido sin novedad.

Subo lentamente a mi habitación, enciendo la luz; y cierro la puerta.

Esta casa me impresiona a pesar mío. ¿Debo irme o continuar? El asesino, ¿no intentará atacarme de nuevo?

Por precaución me encierro con llave. Me gusta dormir con las

ventanas abiertas en todo tiempo, pero después de lo ocurrido, es preciso extremar los cuidados. Cierro todo, me desvisto y me meto en la cama. Empiezo a leer. A las once en punto, como de costumbre, apago la luz.

Duelmo varias horas, no sé cuántas. Algo me despierta de repente.

Ha sido una sacudida que ha hecho trepidar la casa de los cimientos al tejado, como si a alguien se le hubiese caído un objeto de gran peso en el zaguán. El ruido y la trepidación me ponen nervioso.

Sin saber por qué, salto de la cama, me pongo las zapatillas y el batín y, en medio de la oscuridad, camino de puntillas hacia la puerta.

Escucho. En medio del absoluto silencio de la noche, creo oír voces en el vestíbulo.

Vacilo unos momentos, pero al fin, la curiosidad me invade, me domina. Doy media vuelta a la llave y abro.

El rumor de las voces persiste. Y mi curiosidad aumenta, de modo que, sin poderlo evitar, salgo al corredor.

Camino hasta la embocadura de la escalera. Asomo ligeramente la cara.

Mis ojos se dilatan por el asombro. ¡No es posible!

CAPÍTULO V

Marianne está abajo, en el vestíbulo, junto con un hombre, cuyas manos agarra con cierto nerviosismo, con calor. El hombre es joven, pero algo mayor que ella, veintiocho o treinta años, pelo negro y ojos perspicaces. Es atractivo y buen tipo. No me extraña que Marianne le haya concedido una cita a altas horas de la madrugada.

Sin embargo, no parece que la cita sea de amor. Los dos hablan excitadamente, atropellando casi las palabras. Al pie del joven hay un saco con la apariencia de ser muy pesado. ¿Es ese objeto el que ha hecho el ruido que a mí me ha parecido tan grande y que quizá no ha sido tanto como creí, sino que el sueño me la amplificó?

—Debes irte, pronto —dice ella, angustiada—. Imagínate que alguno se despierta.

—Tenía necesidad de verte, Marianne. Por última vez, te pido que abandones esta maldita casa y te vengas conmigo.

—No puedo, Jean. El apellido... ya sabes. Nos obliga a todos los que vivimos en ella.

—¡El maldito apellido! —exclama Jean furiosamente—. Yo también lo llevo, pero por nada del mundo consentiría en vivir aquí.

¡Conque Jean también es un Kerz!

Casi debí haberlo sospechado desde un principio. Y es un Kerz que no quiere vivir en la «Maison».

—Todos son unos hipócritas, unos calculadores y unos sinvergüenzas, por no decir algo más grave —sigue Jean Kerz—. Si tuvieras dos dedos de frente, abandonarías este maldito caserón en el acto, Marianne.

—Imposible, Jean —responde ella—. Y menos, después de la

llegada del profesor.

—Ah, el hombre a quien tanto buscabais —dice el joven, sorprendiéndome enormemente.

—Yo no le busqué nunca, Jean. Fueron ellos —se excusa Marianne.

—Tanto da. Pero con profesor o sin profesor, debieras venirte...

Ella le tapa la boca con la mano.

—Suficiente, Jean. Ahora, vete. Yo te avisaré de nuevo cuando haya algo de particular.

El joven asiente a regañadientes. Se inclina, toma el saco y se dispone a marcharse.

Sorpresa. En lugar de dirigirse hacia la puerta de entrada, lo hace hacia la de la biblioteca.

Marianne le acompaña. Los dos desaparecen al otro lado. Entonces, un súbito impulso me acomete y, sin poder contenerme, desciendo las escaleras de cuatro en cuatro.

En pocos segundos llego a la puerta de la biblioteca, sin causar el menor ruido. Marianne la ha dejado entreabierta, quizá porque no sospecha que haya nadie espíándoles. Miro a través de la rendija.

El asombro me deja paralizado por completo.

La biblioteca, olvidé decirlo antes, dispone de una enorme chimenea, idéntica en un todo, como un calco, a la del comedor. Pero así como ésta permanece encendida casi continuamente, la de la biblioteca está apagada. Y ahora, toda la estructura, repisa incluida, ha girado a un lado, no mucho, aunque sí lo suficiente para permitir el paso de un hombre.

Jean se despide de Marianne, estrechándole la mano con verdadera efusión. Desaparece a través del negro hueco y Marianne queda en pie, junto a la chimenea, completamente inmóvil, en actitud reflexiva, durante unos momentos.

Luego, saliendo de su quietud, empuja la chimenea, que gira fácil y silenciosamente, hasta recobrar su posición habitual. Entonces se dirige hacia la salida.

Advierto que he perdido demasiado tiempo y que, si quiero subir a mi cuarto, ella me distinguirá antes. No me queda otra solución que echarme a un lado, situándome al costado contrario de la dirección que Marianne ha de tomar. Espero, con los nervios en

tensión. ¿Qué le diré, si me descubre?

Marianne sale, a tres pasos del sitio en que me hallo. Un delicado perfume a flores silvestres se desprende de su cuerpo. Tan preocupada está, que no se acuerda de cerrar la puerta. Tiene la cabeza inclinada y parece sumida en profundas reflexiones. Lentamente, emprende el ascenso hacia el piso superior, sin haber mirado hacia atrás ni una sola vez. Cuando veo que está a punto de girar hacia el corredor y que entonces, acaso, me distinga, doy un salto y me escondo en la biblioteca.

Dejo transcurrir unos minutos. Luego, con paso normal, vuelvo a mi habitación. Si me encuentro con alguien, le diré que no tenía sueño y que bajé a leer un poco a la biblioteca. Afortunadamente, encuentro el camino libre.

Llego a mi dormitorio. Abro la puerta. Cruzo el umbral.

Una mano fría, helada, me tapa la boca. Siento que mis cabellos se erizan.

La piel de la mano parece pertenecer a un cadáver, tan fría está. Antes de que pueda realizar el menor esfuerzo para desasirme de su glacial presión, oigo una voz susurrante junto a mi oído.

—No grite, por favor.

Dejo escapar el aire con violencia. ¡Dios, qué susto he pasado!

La mano me suelta. Entonces se enciende la luz y veo a Sandra, la loca, con los ojos muy brillantes.

—¿Qué es lo que ha descubierto, profesor? —pregunta.

—¿Descubrir? —Finjo ignorancia—. Nada, mi querida señorita...

—Vamos, vamos —contesta ella, impaciente—, no me venga con tonterías. Usted es un tipo listo. Le vi salir de su dormitorio y bajar al vestíbulo. ¿Quién estaba abajo?

Vacilo al contestar. ¿Confesaré la verdad?

—¿Por qué quiere saberlo? —inquiero.

—Porque una parte de la «Maison» es mía —contesta con ojos que llamean—. De modo que si se encuentra algo, tendrán que darme mi porción. ¿Está claro?

—Estaría más claro si supiera qué es lo que se necesita encontrar —digo, entre dientes.

—Entonces, ¿no fue abajo a explorar? —pregunta la loca con cara de sorpresa.

—Oh, no, no. Simplemente, me desvelé un poco y quise leer

algo. Pero vi que la chimenea estaba apagada y decidí que, aun desvelado, estaría mejor en la cama.

Sandra parece desconcertarse.

—Pero usted miraba hacia adentro —objeta.

—Es que me pareció oír ruido. Sin embargo, no había nadie en la biblioteca —miento con todo descaro.

Sandra no reacciona. Posiblemente, me arrojó un rápido vistazo desde arriba y luego corrió a esconderse en mi dormitorio, por lo que no ha podido ver a Marianne salir de la biblioteca.

—Está bien —dice al cabo—. Pero en cuanto encuentre algo, no deje de avisarme —altivamente, añade—: A fin de cuentas, también la «Maison» es mía.

—Descuide usted, Sandra. Lo haré sin vacilar ni perder tiempo —prometo.

—Le han traído para encontrar los cuerpos... ¡pero en su lugar, yo me estaría quieto, muy quieto!

Y sale rápidamente, dejándome boquiabierto.

Permanezco inmóvil unos momentos. Luego, de repente, arranco hacia la puerta. Voy a exigirle una explicación como sea, me prometo.

Abro de nuevo y salgo al pasillo. Me quedo inmóvil como una estatua.

La habitación de Antoine está justo frente a la mía. El maldito chiquillo tiene su cabeza fuera de la puerta y me mira con fijeza, mientras sonríe perversamente.

Me siento enormemente disgustado por el giro que están tomando los acontecimientos. ¡Mañana sin falta me iré de aquí! Pondré cualquier pretexto, pero me iré, sí.

Miro a Antoine, el cual sigue sonriendo tan desagradablemente como de costumbre. ¡Ese crío es un verdadero demonio!

Vuelvo a mi lecho. En el resto de la noche, me es imposible conciliar el sueño.

Lo primero, que hago por la mañana, apenas me levanto, es ir al garaje. Mis intenciones de abandonar la «Maison» persisten.

Me llevo una sorpresa. El 2 CV ha desaparecido.

¿Quién ha adivinado mis pensamientos?

Regreso al comedor, presa de una gran turbación. Me siento a la mesa solo. Gaby me sirve el café. Estoy tan preocupado que no me

fijo siquiera en los provocativos movimientos de su cuerpo ondulante y sugestivo. ¿Por qué han hecho desaparecer el coche?

Al poco tiempo entra Marianne. Me pongo en pie y la saludo. Ella contesta fríamente. Gaby le sirve su café y se marcha.

—Señorita —digo de pronto.

Marianne levanta la vista de su tazón.

—¿Sí, profesor?

—¿Puede usted decirme dónde está mi 2 CV?

Mi pregunta, hecha bruscamente, sin rodeos, la sorprende y la hace vacilar.

—No sé a qué se refiere usted, profesor —contesta un tanto secamente, después de un par de segundos de demora.

—Creo haberme expresado con toda claridad, señorita Rachel-Kerz —digo fríamente—. Mi coche no está en el garaje, eso es todo.

—¿Y qué tengo yo que ver con ello? —Su voz sigue siendo fría y despegada.

—Es el primer habitante de la casa a quien he visto esta mañana. Por eso se lo pregunto a usted.

—Podía habérselo preguntado también a Gaby. O a Sabine. O a François, el guardabosque. También ellos habitan en la «Maison» —responde Marianne, imperturbable.

—Ninguna de esas tres personas usa la partícula Kerz en su apellido, señorita.

—¿Supone usted que hemos sido alguno de nosotros?

La miro fijamente.

—Estoy absolutamente seguro de ello, señorita.

—¿Y por qué habíamos de hacerlo? —pregunta, extrañada.

Jugueteo con la cucharilla.

—Quizá para cortarme una eventual retirada.

—¡Cortar...! —Marianne se indigna y dos rosetones de color aparecen en sus mejillas—. Profesor, ¿tiene la bondad de explicarse con mayor claridad?

—No —contesto bruscamente—. Le hice una pregunta acerca de mi coche y si no quiere contestarme, no la forzaré a hacerlo. Ya he hablado bastante del asunto.

—Pues yo opino todo lo contrario —dice ella con vehemencia—. Intuyo en sus palabras una insinuación que no estoy dispuesta a tolerar.

De repente me echo a reír.

—¡Tonto de mí! —exclamo—. Debí haber pensado mucho antes quién fue el autor de la desaparición del 2 CV.

—¿Quién? —pregunta Marianne con viveza.

—Jean.

Un espeso silencio se abate sobre la mesa. Todo signo de color desaparece del hermoso rostro de la muchacha. La cucharilla se escapa repentinamente de sus dedos sin fuerza y choca con estrépito contra el platillo.

Durante unos segundos, me mira como hipnotizada. Súbitamente, se pone en pie y, echando a correr, sale del comedor a la carrera.

Sonrí por fuera, aunque interiormente, me siento terriblemente disgustado.

Unos minutos después, oigo un leve gritito en la puerta del comedor. El calvo entra para desayunar, seguido de Gaby, cuyo rostro muestra un color más acentuado que de costumbre. Gaby se frota con la mano una de sus compactas caderas. ¡El pellizco ha debido ser de los buenos!

CAPÍTULO VI

Han transcurrido dos días más, sin novedad.

Perdón, se ha producido una novedad. Y casi podría decirse que son dos.

La primera consiste en que mi 2 CV ha aparecido.

Es una lástima que yo sea tan descuidado en algunos aspectos. En tal caso, por la lectura del cuentakilómetros podría saber la distancia recorrida, lo cual me daría algunos datos acerca del lugar adonde pudo haber ido Jean. Porque no me cabe la menor duda de que ha sido Jean el autor de la sustracción del coche.

La segunda novedad es que la tensión ha aumentado enormemente.

Algo extraño, yo diría que hasta macabro, flota en el ambiente. Las conversaciones son poco más que murmullos; las miradas, furtivas; los ademanes, recelosos. Los habitantes de la «Maison» se sobresaltan cuando oyen algún ruido que se sale de lo normal y que se produce bruscamente. ¿Qué pasa?

El único que no parece impresionarse poco ni mucho por lo que ocurre a su alrededor es el maldito Antoine, el cual parece hallarse en todas partes, con su enorme cabezota balanceante y su perenne sonrisa de pequeño y maligno diablo.

Marianne parece esquivarme. No he tenido ocasión de hablar a solas con ella una sola vez. Al parecer, no le ha gustado la referencia que hice a Jean. ¡Paciencia! Ya me enteraré.

Por ahora, he abandonado la idea de marcharme. Me quedo.

Hubert Kerz-Hérault no ha vuelto a mencionarme para nada mi tesis doctoral. Al parecer, da por sentado que ya estoy trabajando en ella.

Este día nos reunimos todos para comer, incluso Wolf, el ebrio

consuetudinario, el cual parece haber roto la costumbre y está sereno.

Las conversaciones son intrascendentes y se desarrollan en tonos apagados. Esperamos que nos sirvan la sopa.

Gaby se retrasa. Impaciente, Antoine empieza a tocar con la cuchara en el borde del plato. El sonido se hace crispante, hasta que su hermana Tamara estalla.

—¡Cállate, Toine! —le grita.

El muchachuelo le hace una mueca, pero obedece.

—¡Bueno! —dice Wolf, enojado—. ¿Dónde está esa maldita Gaby? ¿Qué hace que no sirve ya la sopa?

—Sabine se habrá retrasado —apunta Marianne, impasible.

—No. Sabine es puntual —corrige Tamara.

—Entonces, la culpa es de Gaby —la voz pertenece a Wolf.

—Yo diría que no —habla Antoine chillonamente.

—¡He dicho que te calles! —grita Tamara con gran nerviosismo.

—El caso es que Gaby no viene —refunfuña el viejo—. Marianne, muchacha llama a ver qué pasa.

Marianne se levanta y camina hasta la chimenea con paso largo y fácil. Hay al lado un cordón y tira del mismo varias veces, con gesto impaciente.

Vuelve a su sitio. Casi un minuto después, aparece Sabine, frotándose las manos en un delantal de cocina.

—¿Llamaban los señores? —pregunta, un tanto asombrada.

—Sí. ¿Dónde está Gaby? ¿Por qué no nos sirve la comida? —pregunta el calvo, irritado.

—Señor, yo... —dice Sabine, asombrada.

—Pero, demonios —rezonga Wolf—, ¿es que usted tampoco sabe dónde está esa condenada Gaby?

—Que se lo pregunten al abuelo —ríe Antoine desvergonzadamente.

Tamara intenta abofetearle. Antoine esquivo el golpe y le saca la lengua.

—Condenada... —Gruñe procazmente.

—Vayamos por partes —dice Wolf—. ¿Cuánto tiempo hace que no ve usted a Gaby, Sabine?

—Bien, después del desayuno, yo... —La cocinera se interrumpe súbitamente, con cara de desconcierto.

Interviene Marianne.

—Suba a su habitación. Acaso se ha sentido indispuesta.

—Sí, señorita —contesta Sabine. Y mientras sale, Antoine ríe otra vez.

—¡Ji, ji! A esa zorra no la parte un rayo.

—¡Antoine! —chilla Tamara. Y esta vez, la mano sí alcanza su blanco, estallando como una fusta sobre la mejilla del muchachuelo.

Antoine contesta con una espantosa interjección. Agarra un tenedor y trata de clavárselo a Tamara. Quizá lo hubiera conseguido si yo no hubiese pegado un violento tirón al respaldo de la silla, echándola hacia atrás y haciéndole rodar por tierra.

Tamara se arroja sobre Antoine y le quita el tenedor. Luego le levanta con ambas manos y añade a la anterior dos monumentales bofetadas, que abaten por completo la resistencia del tenaz muchachuelo. Antoine abre la boca estúpidamente y se queda así, quieto, sin decir una palabra.

—Espero que esto te haga ser más comedido en el hablar la próxima ocasión —dice Tamara, sentándose de nuevo a la mesa.

Mis ojos se fijan en Marianne. Veo en su rostro una expresión de infinito disgusto, más bien asco. ¿Por qué no hace caso a Jean y se marcha de la «Maison»?

Vuelve Sabine. Está muy nerviosa.

—Gaby no se encuentra en su habitación —manifiesta.

Hubert suelta un gruñido de descontento.

—Está bien, Sabine. Sírvanos usted. Luego veremos a ver qué ha hecho esa chica.

—Sí, señor.

La comida se desarrolla en medio de un completo silencio. Hasta el repelente Antoine se mantiene callado.

Terminada la comida, se disuelve la reunión. El primero en desaparecer es Antoine. Su hermana y Wolf se marchan a continuación. Marianne les sigue a los pocos momentos.

Me levanto y me despido del profesor con una inclinación de cabeza. Quiero alcanzar a Marianne y hablar con ella.

Veo que sale por la puerta que da a la cocina. Una súbita inspiración me acomete y atravieso el vestíbulo, saliendo por la puerta principal. Doy la vuelta a la casa y la veo caminar a lo largo del sendero, a través del bosque.

Un rayo de sol hiere a contraluz sus cabellos. Por unos momentos, su cabeza queda envuelta como en un halo dorado que la convierte en una visión irreal, en una especie de hada de los bosques.

No puedo por menos que detenerme un segundo a contemplar la escena. En algunos lugares, los rayos de sol forman espesas columnas inclinadas de luz, alternando con otras verticales opacas, que son los troncos de los árboles, y ello me da la sensación de hallarme en una enorme y silenciosa catedral, provista de unos gigantescos vitrales, tal es la indefinible sensación de paz y tranquilidad que se desprende del quieto ambiente.

Pero me resulta forzoso sustraerme a esa extática calma. Tengo que hablar con Marianne.

Acelero el paso y le doy alcance.

—¡Marianne!

La joven vuelve la cabeza con brusquedad, arrancada de modo inesperado a sus meditaciones. Me emparejo con ella.

—Tengo que hablar con usted —digo.

—Muy bien —accede ella—. ¿De qué se trata?

—Hay tantas cosas... —contesto—. Le agradecería, en primer lugar, que no se molestase demasiado por mis preguntas y que procurase responder a todas. De antemano le suplico perdón...

—Abrevie —corta ella, un tanto impaciente—. Puedo prometerle lo primero, aunque no lo segundo, profesor.

Suspiro resignado.

—Bien, algo es algo... ¿Quién es Jean? —Disparo súbitamente.

La cara de Marianne se contrae.

—Pregunta sin respuesta —dice secamente.

—De acuerdo. ¿Se llevó Jean mi coche?

—Sí.

—¿Por qué?

—El único de que se dispone en la «Maison» es el «4 - 4». Lo necesitaba y... le suplico nos dispense, profesor. Por supuesto, el «2 CV» ha vuelto sano y salvo.

Agitó la mano, como quitándole importancia.

—Me imagino que no querrá decirme a dónde fue ni cuáles fueron sus motivos —continúo.

—En efecto —sus respuestas, no por corteses, carecen de

sequedad.

—Bien, cambiemos el tema, Marianne. Hablemos un poco de la loca. ¿Qué le parece?

Ella me dirige una indefinible mirada.

—¿Ha hablado con ella?

—Sí, en un par de ocasiones.

—Le habrá dicho muchas tonterías —sugiere Marianne.

—Cuando un loco habla y actúa normalmente, al menos en apariencia, es difícil saber cuándo dice la verdad y cuándo disparates. Pero una de las cosas que más me preocupa es lo que dijo acerca de cuál es mi verdadero papel aquí.

—Mi tío Hubert le escribió a usted a fin de que pudiera encontrar la documentación necesaria para redactar su tesis.

—Ciertamente —admito—, así fue. Pero yo empiezo a sospechar que hay algo más en el fondo de todo esto, Marianne.

—No le entiendo —contesta ella despegadamente.

—Sandra me dijo que a mí me habían traído para encontrar los cuerpos. ¿Qué cuerpos? ¿Cuál es mi verdadero papel aquí?

—Lo siento, profesor. Son cosas de las cuales no puedo hablar, porque mi ignorancia es igual a la suya.

—¡Oh, vamos, Marianne! No diga...

Me interrumpe casi con furia.

—Le estoy diciendo la verdad, profesor. ¿Tiene algo más que preguntarme?

—Demasiadas cosas, pero temo que usted no querría responderme a ninguna —contesto en su mismo tono—. Todo será que me canse en cualquier momento, haga las maletas y vuelva a Nancy.

—Es usted muy dueño de obrar a su antojo.

—Pero es que ahora quiero quedarme porque siento una verdadera curiosidad por conocer a la persona que intentó asesinarme hace tres días.

Marianne se detiene bruscamente y me mira con asombro.

—¡Asesinarle! —exclama.

—Como lo oye —afirmo—. Estaba al borde de la piscina y alguien se acercó por detrás subrepticamente, golpeándome fuertemente en la nuca y lanzándome después al agua. Fue casi un milagro que pudiera salir con vida.

Marianne se rehace.

—Figuraciones tuyas, profesor. Perdió pie y...

—Ésa es la explicación que di yo, tanto por no alarmar a la gente como porque pensé que no habría sido creído. Pero lo que le estoy diciendo es la pura verdad.

—¿Y quién iba a tener interés en asesinarle a usted? —pregunta ella.

—¡Ah, cómo voy a responderle yo a esta pregunta! Quizá —agregó maliciosamente—, es alguien a quien no le interesa que yo encuentre los cuerpos. Por cierto, que no sé de quién son esos cuerpos ni tampoco tengo la menor idea de dónde pueden estar. ¿Qué sabe usted al respecto?

—Nada —dice ella enojada—. Ya le di mi respuesta antes. Y, por favor, cambiemos de tema, profesor.

—De modo que no le gusta que hablemos de mi frustrado asesinato, ¿eh?

—No.

Estudio su rostro durante unos momentos y la veo sometida a las fuerzas de una presión interna que me parece muy intensa. ¿Qué le ocurre? ¿En qué piensa? ¿Por qué se muestra tan adusta?

Hemos alcanzado ya el claustro. Ella se detiene un momento bajo la arcada que permite el paso al interior.

—Es una bonita piscina —digo—. ¿Cuál es la antigüedad del claustro?

—Siglo XI, profesor.

—Pues está muy bien conservado, desde luego —de repente, se me ocurre una pregunta—. ¿Cómo renuevan el agua de la piscina?

—Hay una boca de entrada a pocos pasos de aquí —se refiere a la portalada de acceso al claustro. Camina mientras habla—. Y en el lado opuesto, está el túnel de desagüe. Cuando se vacían las aguas, van a parar directamente al Rhin, que está apenas a quinientos metros, como usted sabe muy bien, profesor.

—Lo que más me extraña es que la piscina parece haber sido construida casi al mismo tiempo que el claustro —digo—. Usted...

No puedo continuar; los dedos de Marianne se aferran como garras a mi brazo.

Siento un terrible frío a todo lo largo de la columna vertebral. ¡Al fin sabemos dónde está Gaby!

La doncella flota boca abajo en la superficie del agua, justo bajo el reborde pétreo de la piscina. Es por esto por lo que no la hemos visto hasta que nos hemos aproximado a la orilla misma del estanque.

¡Pero la forma en que yace flotando no deja lugar a dudas acerca de cuál ha sido la suerte corrida por la muchacha!

CAPÍTULO VII

Reina en la «Maison» una calma fúnebre, espantosa, sepulcral. Evitamos cuidadosamente mirarnos los unos a los otros, como si cada cual sospechase que su vecino es el asesino. Y en mi fuero interno estoy seguro de que ha sido uno de los que habitamos la «Maison».

Los gendarmes ya se han ido, después de revolverlo todo de pies a cabeza y someternos a mil preguntas. Una ambulancia se llevó el cuerpo de la pizpireta Gaby, cuyo cráneo, según se vio después, estaba hundido por la parte posterior. Es caso seguro que estaba muerta ya antes de caer al agua.

Por las manifestaciones del forense, parece ser que el fallecimiento se produjo a la hora en que nos disponíamos a sentarnos a la mesa, esto es, entre noventa y ciento veinte minutos antes de que Marianne y yo encontrásemos su cuerpo. Sería interesante, por tanto, calcular cuáles fueron los pasos dados por los habitantes de la «Maison» antes de la comida.

El ambiente es tenso, enervante. Cenamos en silencio, cambiando únicamente las palabras indispensables. Yo procuro estudiar a mis compañeros de mesa disimuladamente.

Marianne está pálida y se ve claramente que trata de disimular su nerviosismo. Antoine me mira de cuando en cuando, y cada vez que lo hace sonrío de esa forma suya que tan perversa parece. Tamara come con buen apetito, como si todo lo ocurrido no fuese con ella.

En cuanto a su esposo, tiene el rostro encarnado y los ojos le brillan en demasía, indicio seguro de que se le ha ido la mano en el licor. Por último, Hubert Kerz-Hérault come aprisa, rápidamente, como si deseara acabar cuanto antes con un acto que debe cumplir

forzosamente.

¿Cuál de ellos es el asesino?

Pero ¿por qué ha de ser el asesino forzosamente uno de los que están sentados a la mesa?

Todavía quedan más habitantes en la «Maison»: Sandra, Sabine —no me parece con suficiente aspecto de asesina—, y François, a quien por cierto, no conozco todavía. También una de estas tres personas ha podido matar a Gaby.

Creo, sin embargo que debe descartarse a dos de ellas: Sandra no sale de su habitación donde la locura la tiene confinada. Sabine es una excelente mujer, cuyas únicas víctimas son los animales que nos sirve en las comidas. A menos que haya cometido el crimen antes de comer, será preciso descartar también a Marianne, pues estaba conmigo en el momento de descubrir el cadáver.

Entonces, los sospechosos quedan reducidos a cuatro: Hubert, Wolf, Tamara y François, descartando también, como es lógico, al muchachuelo. Por muy malo que sea Antoine, no creo que su perversidad llegue al extremo de inducirle a cometer un asesinato. Lanzaría un plato a la cabeza de su abuelo, pero no mataría a una persona.

¿Entonces?

Termina la cena tan fúnebremente como ha empezado. La reunión se disuelve. Todos se marchan y me dejan solo, mientras fumo lentamente un «Gaulois».

Pasan unos minutos. De pronto, la puerta del comedor se abre de nuevo y entra Antoine, el cual, con los ojos muy brillantes, se encamina rectamente hacia mí.

—Ahora ya sé quién es usted, profesor —dice, muy satisfecho.

—¿De veras? —murmuro, benigno—. Dímelo, hijo.

—Usted es un detective privado —declara el cabezota enfáticamente.

—¡Vaya, qué ocurrencia!

Se inclina hacia mí con aire misterioso.

—Pero yo no se lo diré a nadie, descuide —susurra—. Guardaré el secreto, ¿comprende?

—Eres muy amable —sonríe, mientras sigo la corriente—. Y, seguramente, sabrás contestarme a algunas preguntas.

Antoine dilata su pecho.

—Pregunte, profesor.

—¿Quién es Jean?

—¿Jean?

La cara de extrañeza que pone el muchacho me convence de que no sabe absolutamente nada del visitante de Marianne.

—Olvídalo —dijo—, no tiene importancia.

—En cambio —añade, ufano—, sé quién es el asesino.

Me echo hacia atrás en el sillón y le contemplo con aire crítico.

—Veamos... digo, oigamos ese nombre.

El crío aspira aire ruidosamente. Luego contesta:

—¡El asesino es...!

Una voz le interrumpe súbitamente.

—¡Toine!

Es Tamara. Se halla en la puerta y nos mira a ambos con gesto irritado.

—Toine —dice enojada—. Es hora ya de que te acuestes —dulcifica un poco el tono—. Excúsenos, profesor.

—Desde luego —contesto, procurando ocultar la decepción que siento.

Los dos hermanos se marchan. Les oigo discutir afuera. Tamara reprende a Antoine, pero éste no se muerde la lengua al contestarla. Después, las voces se extinguen.

Enciendo otro cigarrillo.

—¿Será posible que Antoine conozca la identidad del asesino?
—murmuro a media voz.

Es posible que sí, pero también me parece un chiquillo demasiado despierto y, por lo tanto, sumamente inclinado a las fantasías. Acaso ha querido solamente darse importancia, aunque...

Me retiro a mi habitación, grandemente preocupado. La verdad, no sé qué creer de ese condenado muchachuelo.

Ciertamente, la aparición de Tamara no ha podido resultar más inoportuna.

Me tiendo en la cama vestido, mientras reflexiono. ¿En qué misteriosa casa he ido a caer?

Algunos de los rincones de la «Maison», y muy especialmente el claustro, se me antojan conocidos. Como si yo hubiera estado allí muchos años antes. Pero una cosa es que algo nos parezca conocido y otra es haberlo visto tiempo atrás.

Y, hasta donde alcanzan mis recuerdos, yo no he estado jamás en la «Maison».

Tengo la sensación de que la carta de Hubert Kerz-Hérault no fue todo lo espontánea que trataba de aparentar. Kerz-Hérault me escribió, sabiendo a quién escribía y por qué escribía. En este acto, hubo algo deliberado, que ignoro por completo.

Me gustaría hablar con los habitantes de la «Maison», uno por uno, y obligarles a decir cuanto saben de mí que, supongo, no debe ser poco. ¿Por qué hube de ser yo precisamente el elegido entre todos los profesores del Liceo de Nancy?

Poco a poco, me voy adormilando, sin darme cuenta de que no me he desvestido todavía. De repente, en medio de la laxitud que me invade, una idea estalla en mi mente con toda brusquedad, alertando de nuevo mis sentidos.

¡He olvidado el asesinato de Gaby!

Me siento en la cama, completamente despejado. Todavía no he podido formarme una idea concreta, ni siquiera aproximada, de los motivos por los cuales ha sido asesinada la curvilínea doncella.

¿Y si fuera a investigar un poco a su dormitorio? Dudo, vacilo, me debato en un mar de confusiones. La verdad, no me agradaría ser sorprendido en una habitación que no es la mía.

Atraque, después de haber sido objeto de una tentativa de asesinato, después de suponer que mi estancia en la «Maison» se debe a otras causas bien distintas de las de lograr mi tesis, bien poco debe importarme tal circunstancia.

En todo caso, siempre me queda el recurso de alegar cualquier excusa, incluso puedo decir que soy sonámbulo. No me creerían, pero tendrían, que aceptar la disculpa.

No me lo pienso dos veces y salgo al pasillo, después de cerciorarme de que está desierto.

Al final del mismo, a la izquierda, hay una puerta de la cual parte una escalera que conduce a las habitaciones que están directamente bajo el tejado. Allí es donde duerme la reducida servidumbre de la «Maison» y allí era donde la infeliz Gaby tenía su dormitorio. Creo que resultará interesante echar un vistazo a la estancia.

Camino con silenciosa rapidez y llego a la puerta, que abro en el acto. La escalera está alumbrada malamente por una bombilla de

escasa potencia y sus escalones son de madera vieja y gastada.

Es preciso ascender, tanteando con cuidado cada peldaño, a fin de no causar el menor ruido delator.

La construcción del último piso es ciertamente singular. Las habitaciones están enteramente separadas unas de otras, a modo de celdas o cubículos, entre cada uno de los cuales hay un intervalo casi igual, que sirve para guarda de trastos y cachivaches viejos y en desuso. Hay cuatro de esas celdas, lo cual indica que antaño, la casa dispuso de una servidumbre mucho más numerosa que la que tiene actualmente.

Pero esto no importa ahora. Dejo de lado tales reflexiones y continúo. Por los interrogatorios que han formulado los gendarmes y las conversaciones que he escuchado después de la muerte de Gaby, sé dónde dormía la doncella.

Su pieza es la última de la izquierda, ya que están en dos filas de a dos. Camino cautelosamente, sobre un pavimento de vieja madera que cruje incluso con los cambios de tiempo. Llego al dormitorio y abro la puerta.

Busco la llave de la luz. Cuando se disipan las tinieblas, miro a mi alrededor. Después del minucioso registro practicado por la gendarmería, apenas si han arreglado la habitación. El desorden es todavía patente.

La habitación está sobriamente decorada: un lecho, una mesilla de noche, un pequeño tocadorcito y una amplia y vieja cómoda, con cinco cajones y repisa de mármol gris. Encima de la repisa de mármol, un reloj de fanal, una caja incrustada de conchas y el retrato de unos ancianos, posiblemente los padres de Gaby.

Registro la habitación meticulosamente, pieza por pieza, objeto por objeto, palpando incluso los dobleces de las ropas de Gaby. No hallo nada que merezca la pena.

¿Acaso lo que merecía la pena estaba en el cerebro de la muerta?

En tal caso, es lógico que mi registro resulte infructuoso.

Si Gaby sabía algo comprometedor para alguien y no había guardado nada tangible, es inútil cuanto se haga por buscar un indicio. Su secreto ha ido con ella a la tumba.

Enciendo un cigarrillo y me acerco a la cómoda. El reloj de fanal tiene cuatro bailarinas, que voltean rítmica e incansablemente,

mientras las agujas prosiguen su marcha ininterrumpida. Posiblemente se trata de un aparato con cuerda para ocho días, de modo que no es extraño que continúe todavía funcionando.

Examino de nuevo la caja con las conchas. Palpo el forro interior de terciopelo. Tampoco hay nada. ¿Y en el retrato?

Quito la cubierta posterior, la que sujeta la fotografía. Examino detenidamente el cartón de refuerzo y la cartulina ilustrada. Nada. No hay nada escrito en sus superficies. El marco, por otra parte, es sencillo y macizo, de modo que no hay ni que soñar que los posibles indicios hayan sido escondidos en su interior.

Dejo el retrato tal como estaba. ¿Y la cama?

Es antigua, con grandes bolas de latón dorado en sus cuatro ángulos.

Las bolas son huecas y suelen estar atornilladas a las patas de soporte de la cama. Es una posibilidad un tanto remota, pero que no puede desaprovecharse.

Me acerco a la cama. Agarro la primera bola y hago fuerza para desenroscarla. En ese momento, la bola explota.

¡No; es mi cabeza!

Alguien me ha golpeado, penetrando en la habitación sin hacer el menor ruido. Las piernas se me doblan. Trato de agarrarme a la estructura de hierro de los pies de la cama, pero mis dedos carecen de fuerza.

Caigo al suelo hecho un ovillo. Sin embargo, no he perdido del todo el conocimiento, aunque mi aturdimiento es tan grande, que me hace sentirme como un chiquillo recién nacido.

¡El asesino va a rematarme!

Ésta es la torturante idea que se filtra a través de mi embotado cerebro, cuando percibo vagamente una sombra que se inclina sobre mí.

¡Voy a morir y no puedo hacer nada por evitarlo!

CAPÍTULO VIII

Las manos del desconocido palpan mi cuerpo. ¿Intentará rematarme por estrangulación?

Pero no, hace algo muy raro, completamente inesperado. De dos manotazos, me quita el *pullover* que visto.

Me pregunto si el sujeto será un sádico, de esos que cometen ciertos ultrajes con sus víctimas antes de rematarlas. ¡Y me encuentro tan débil!

Sus manos agarran mi camisa y pegan un fuerte tirón, rasgando el tejido por el lado izquierdo. ¿Qué pretende hacer el hombre? ¿Rodear mi cuello con unas tiras de tela y luego apretar?

Noto que mis fuerzas vuelven, aunque persiste el espantoso dolor de cabeza. Trato de defenderme, pero el desconocido me sujeta con todas sus fuerzas. Entonces, de repente, me suelta y escapa a todo correr.

¿Qué es lo que le ha asustado?

Antes de que pueda recobrarme, la puerta se abre de nuevo. Suena una ahogada exclamación.

—¡Profesor!

Oigo pasos precipitados. Alguien se arrodilla a mi lado y trata de ayudarme a recobrar una postura más correcta.

—¿Qué le ha sucedido, profesor? —La voz pertenece a Marianne.

Trato de recobrar mi visión normal. En el rostro de la muchacha aparece una viva expresión de alarma.

—Me golpearon —digo, llevándome la mano a la cabeza. El segundo chichón se está formando ya. ¡Y que es bueno!

—¿Quién? —pregunta ella ávidamente.

—No lo sé. No pude verle la cara. Me sorprendió cuando...

Me interrumpo y la miro, atónito.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunto bruscamente.

—Con toda seguridad, lo mismo que usted, profesor.

Me agarro a la cama y logro ponerme en pie del todo.

—Buscar indicios que puedan conducir a una pista tendente al descubrimiento del asesino de Gaby, ¿no es así?

Una levísima sonrisa aparece en los ojos de la muchacha.

—Creo que los dos pensamos lo mismo, profesor —asiente.

—Y el asesino también —digo de mal talante.

Hay una breve pausa de silencio.

—¿Descubrió algo, profesor? —pregunta ella al cabo.

—No —rezongó—. Y eso que registré la habitación a conciencia. Sólo me faltó levantar las tablas del piso.

—No creo que Gaby tuviera nada que esconder aquí —manifiesta Marianne, paseando la mirada en torno suyo—. Más bien, opino que lo que fuera, es decir, lo que sabía, lo llevaba dentro de su cabeza.

—En eso coincidimos los dos, aunque un vistazo a lo que hay aquí no ha estado de más —suspiro—. Bueno, creo que es hora ya de volvernos a la camita.

Me inclino para recoger el *pullover*, que todavía está caído en el suelo. Entonces, Marianne, dice:

—Profesor, ¿qué es eso?

Me incorporo y la miro fijamente.

—¿A qué se refiere usted?

—Tiene un tatuaje en la espalda, debajo del omóplato, casi en el centro.

Las palabras de la muchacha me dejan estupefacto.

—¿Yo? ¿Un tatuaje?

Marianne se sitúa rápidamente detrás de mí.

—Sí —insiste—. Está aquí, un poco más arriba de su cintura.

—Será alguna marca de nacimiento.

—Nadie nace con un grupo de letras y cifras escritas en la espalda, profesor —manifiesta ella enfáticamente.

Me vuelvo y me quedo mirándola con la boca abierta.

—¿Cifras? ¿Letras? Marianne, ¿qué tal anda usted de la vista?

—Por favor —dice, enojada—. Lo que acabo de decir es la pura verdad. Tiene usted un tatuaje bajo la piel compuesto por tres

guarismos y dos letras. Gracias a Dios, poseo una vista magnífica y sólo tomo una copa de champaña en las festividades muy importantes.

—Un tatuaje —repito, sin salir de mi sombro—. Pero eso es absurdo. ¿Cómo no lo he sabido hasta ahora?

—A eso no le puedo dar yo una respuesta concreta, profesor. Lo único que sé es que el tatuaje existe...

Me muerdo el labio inferior, sumamente pensativo.

—Mientras yo permanecía semiinconsciente —digo, después de unos momentos de silencio—, el asesino... bueno, llamémosle mi atacante, me despojó del *pullover* y luego rasgó mi camisa a tirones.

—Lo cual significa que conocía la existencia del tatuaje, pero no lo que decía —opina Marianne, con lógica irrefutable.

—Es cierto. Pero, si yo no he estado jamás en la «Maison»... si nunca conocí a ninguno de sus habitantes hasta que llegué aquí, días atrás.

—¿Está seguro de ello, profesor?

—Positivamente. Sin embargo...

Me paso la mano por la frente, encontrándola ardorosa, casi febril.

—Siga, profesor, no se entretenga —dice ella, muy impaciente.

—Hay momentos —murmuro—, en que me parece, al recorrer algunos lugares de la «Maison», hallarme en sitios ya conocidos de antemano. No sé si usted me comprenderá, Marianne. Es una sensación análoga a la que se recibe cuando uno ve a una persona por primera vez y le parece conocerla. Luego, por ejemplo, resulta que la fisonomía de esa persona se parece a la de otra ya conocida.

—Entiendo, profesor. Pero usted no había estado jamás aquí, antes de ahora.

—Me gustaría poderlo afirmar rotundamente. Ya no estoy seguro de ello, Marianne.

—Yo no he oído hablar antes de usted —asegura ella—. Y puedo afirmar que conozco a todos cuantos pertenecen a la familia.

—Los que llevan la partícula Kerz en el apellido.

—Exactamente.

Junto mis manos, retorciéndolas nerviosamente.

—No entiendo por qué se dirigieron a mí precisamente, cuando hay al menos una docena de colegas en Nancy mejores que yo. ¿Le

dijo a usted su tío algo al respecto?

—Sólo cuando usted estaba ya a punto de llegar, profesor. Entonces, nos dio a conocer la noticia.

—¿Qué explicación facilitó?

—Ninguna. Es decir, la de que a usted podía interesarle la biblioteca de la «Maison» para sus investigaciones históricas. Realmente, era una cosa que no nos atraía gran cosa, de modo que casi de inmediato nos despreocupamos de ello.

Lanzo una mirada circular a mi alrededor.

—Esta casa es lúgubre y sombría —digo—. Si fuese mía, la arrasaría hasta los cimientos y levantaría otra de nueva planta. Mucho más moderna, por supuesto. No es lo suficientemente vieja como para considerarla como una reliquia histórica y su valor, arquitectónico es nulo. Es lóbrega, fría, desapacible, inhospitalaria... ¿Por qué vive usted aquí, Marianne?

—Porque no tengo otro sitio adónde ir —replica ella instantáneamente.

—Entiendo. Discúlpeme —¿por qué no se va con Jean?, me pregunto.

—No se preocupe —sonríe ella—. ¿Se encuentra bien para volver a su habitación, profesor?

—Sí, claro —me encasqueto de nuevo el *pullover*—. Oiga —exclamo de repente—. Todavía no me ha dicho cuáles son las letras que tengo grabadas en la espalda.

—Es verdad —asiente ella—. Por este orden son: 12 N.

5 E.

—12 N. 5 E.—repito—. Eso parece una indicación geográfica.

—¿Norte y éste?

—Justamente.

Marianne se tira del labio inferior.

—Suena algo así como la indicación del lugar donde está escondido un tesoro.

—¡Un tesoro! ¡Qué absurdo! Jamás en mi vida he oído que nadie me relacionara con un tesoro. ¡Oiga! —exclamó súbitamente—. ¿Por qué ha mencionado eso?

—Se me ocurrió, simplemente. Una broma, profesor, no me lo tenga en cuenta.

«Un tesoro», repito para mis adentros. ¿Quién me tatuó?

¿Dónde, cuándo y por qué?

¿Qué misterio encierra la inscripción grabada indeleblemente sobre mi espalda?

—Sí —contesto, tratando de restar importancia al asunto—. Fue una broma.

—Salgamos de aquí —sugiere la muchacha—. ¿Podrá caminar solo o prefiere que le ayude?

—La cabeza me duele bastante, pero, salvo eso, me encuentro bien. Gracias, Marianne.

Bajamos al corredor y nos separamos. Regreso a mi habitación, busco en el equipaje y me tomo dos aspirinas. Luego me desvisto y me meto en el lecho.

A pesar de mis preocupaciones, a los pocos momentos, duermo profundamente.

Me despierto ya bien entrado el día. Durante un rato, permanezco envuelto en una especie de agradable somnolencia, de la cual salgo rápidamente al recordar los poco agradables acontecimientos de anterior.

Repaso todos los sucesos minuciosamente, uno por uno y hasta en sus más nimios detalles, procurando fijarme en todos ellos, a la par que trato de establecer las debidas conexiones. Una de las cosas que más me preocupan es la declaración de Antoine.

El muchachuelo dijo conocer al asesino. ¿Mintió o se quiso dar importancia?

En todo caso, durante el día trataré de hallar la ocasión propicia para hablarle a solas.

Estimo que ésta es una diligencia imprescindible y que no la puedo descuidar bajo ningún concepto.

Me levanto y voy a la ducha. Cuando estoy terminando de vestirme, me fijo en algo que hasta ahora me había pasado desapercibido.

El asesino, quiero decir, el sujeto que me atacó, que bien puede no ser el mismo que mató a Gaby, escapó seguramente al oír los pasos de Marianne.

Pero Marianne no lo vio, de lo contrario me lo habría dicho. ¿Dónde se escondió?

En un lugar próximo desde luego, ya que no tenía tiempo de ir mucho más lejos. Y tuvo que esconderse de una manera que

pareciese completamente natural, si lo encontraban.

Ahora bien, a altas horas de la noche, ¿quién se guarece en el desván, de tal forma que si es encontrado, no pueda infundir sospechas a nadie?

El que habita allí, por supuesto.

Sabine... ¡No, su esposo, François!

¿François?

Es el único de los habitantes de la «Maison» a quien no he visto desde el día de mi llegada.

CAPÍTULO IX

Cuando cruzo el pasillo, en dirección al comedor, percibo un suave siseo.

No es preciso que vuelva la cabeza para saber que se trata de Sandra.

Entro en su habitación, casi arrastrado por ella. Sus ojos fulguran con el chisporroteo de costumbre, si no más.

—¿Qué ha conseguido averiguar, Alain? —me pregunta a boca de jarro.

Procuro disimular mi sorpresa.

—No la entiendo, Sandra.

—No se haga el despistado, profesor. Usted es más inteligente de lo que parece y está haciendo el detective por su cuenta, ¿no es verdad?

—Sandra, le aseguro que yo...

La loca suelta una risita.

—Vamos, vamos, no trate de engañarme. Le vi anoche salir de su habitación y dirigirse al piso alto. ¿Qué buscaba allí?

—Bueno —admito—, confieso que me picó la curiosidad y quería saber si los policías se habían dejado pasar algo por alto en el dormitorio de Gaby.

—¿Y encontró algo?

—No —miento.

Sorprendentemente, Sandra dice:

—Esa Gaby era condenadamente lista. Si sabía algo, se le guardaba aquí —y se señala la frente con el índice.

¿Por qué coincide Sandra conmigo?

—¿Y qué es lo que escondía Gaby detrás de su frente? —pregunto con fingida ingenuidad.

—Ah —dice Sandra melancólicamente—, eso es lo que me gustaría saber también a mí.

—Realmente, encuentro extraño su asesinato, ¿no le parece?

—Hasta cierto punto, Alain.

—¿Cómo hasta cierto punto? —me extraño.

—Calificando moderadamente su conducta, podría llamársela coqueta. Otros, con más llaneza, la hubiesen llamado zorra. Usted ignora sin duda, que repartía sus favores entre Hubert y Wolf, ¿verdad?

—Es completamente nuevo para mí —admito, sin gran extrañeza.

—Pero había un tercer hombre.

—¡No me diga, Sandra!

La loca baja la voz y se me acerca más.

—¡François! —dice en tono melodramático.

—¡Caramba! Eso que me está diciendo suena muy fuerte.

—Es la pura verdad. —Sandra exhala una corta carcajada—. Todos me tienen por loca, pero lo cierto es que soy la única persona cuerda de la «Maison».

—Cosa de la cual me congratulo —digo—. Pero, Sandra, ¿por qué mataron a Gaby: porque sabía algo o por, digamos, celos?

—Posiblemente, el asesino aprovechó la segunda circunstancia para eliminar el peligro proveniente de la primera.

—Y, en su opinión, ¿qué era lo que sabía Gaby?

—Pregúnteselo al asesino, Alain.

Nos miramos fijamente durante unos segundos. De repente, disparo una pregunta:

—Sandra, usted y yo, ¿no nos hemos visto en alguna parte antes de ahora?

Mi pregunta encuentra desprevenida, a Sandra. La loca se desconcierta, eso se ve claramente.

—¿Conocernos nosotros? —ríe nerviosa, forzadamente—. ¡Qué tontería, Alain! Nunca le he visto antes de ahora ni había oído su nombre, se lo juro.

Emplea demasiada vehemencia para negar. Eso indica que miente.

¿Por qué no quiere confesar que me ha visto antes de ahora?

—Gracias, de todas formas —me excuso. Y me dirijo hacia la

puerta. De repente, cuando estoy a punto de abrir, Sandra me dispara una pregunta:

—Alain, ¿qué noticias tiene usted de los cuerpos?

Demoro la respuesta unos segundos.

—No sé de qué cuerpos me habla, Sandra —digo, mirándola fijamente.

La loca se atusa sus greñas. Vuelve a reír estridentemente.

—Bueno, bueno, a su gusto, Alain. Pero tenga cuidado, ¿eh?

Salgo de la estancia con la impresión de haber sido engañado. Sandra sabe más, mucho más de lo que quiere aparentar. ¿Por qué calla?

Todavía hay otra cosa que me preocupa mucho más.

Me ha visto tiempo atrás, me conoce y, sin embargo, lo niega.

¿A qué obedece tan extraña actitud?

Desayuno solo, con buen apetito, en medio de todo. Sabine, lo veo claramente, está nerviosa. Debe ser a causa de la muerte de Gaby.

O quizá conoce la fechoría que hizo François conmigo y teme que yo lo haya averiguado. En tal caso, es su cómplice.

¿Qué quiere decir 12 N. 5 E.?

Mis pensamientos se agitan en la cabeza en un vertiginoso remolino que casi me levanta jaqueca. Termino de desayunar y decido darme un paseo por el parque.

El día está cubierto hoy y la niebla se pega al suelo, arrastrándose en tenues jirones que se enganchan en árboles y matorrales. Hay un silencio profundo, lúgubre, que deprime el ánimo. Las pisadas apenas suenan; hasta el crujido de la hojarasca, apenas se percibe.

Camino medio centenar de metros. De repente, percibo una vaga silueta delante de mí, difuminados sus contornos por la neblina.

Me acerco cautelosamente. Es Antoine.

El muchacho está acucillado en el suelo, haciendo algo que no puedo ver, dadas nuestras respectivas posiciones. Tan abstraído está, que ni siquiera se percata de mi aproximación.

Entonces, cuando estoy a dos pasos, se pone bruscamente en pie. Tiene un gato en las manos, al que previamente ha atado. El infeliz animal tiene la boca tapada con dos trozos de cinta adhesiva que le impiden en absoluto emitir el menor maullido. Se debate

patéticamente, pero en manos del crío e impedido de defenderse por sus ligaduras, no puede oponer resistencia.

Un sentimiento de horror me invade al comprender lo que el odioso chiquillo quiere hacer con el gato. Le ha puesto un lazo corredizo al cuello y va a ahorcarlo. ¿Qué clase de bestiales sentimientos anidan en el enfermizo cerebro de Antoine?

El muchachuelo lanza el otro cabo de la cuerda por encima de la rama de un árbol, dispuesto a suspender al animal por el cuello. Entonces, apoyo la mano sobre su hombro.

—¡Deja a ese gato, Antoine!

Se revuelve como una fiera, con tal ímpetu, que está a punto de dar conmigo en el suelo. Sus ojos brillan con furia demoníaca.

—¿Quién le ha mandado venir aquí? —chilla. El gato ha caído al suelo y se debate fuertemente, pero no puede huir.

—Calma, Antoine —digo, vigilándole sin cesar—. Sólo quería hacerte una o dos preguntas.

Frunce el ceño al mirarme de muy mal talante.

—¿Qué es lo que desea saber, profesor? —Con el rabillo del ojo vigila constantemente los menores gestos del felino.

—Anoche ibas a decirme una cosa cuando te interrumpieron —contesto, procurando hacer acopio de paciencia—. ¿Por qué no me lo dices ahora?

—No me acuerdo de lo que hablábamos —responde con manifiesta desvergüenza.

—Escucha, Antoine. Dijiste qué conocías al asesino de Gaby...

—¡Yo! —Miente descaradamente—. ¡Yo no le dije a usted nada, profesor!

—¡Antoine! —grito—. ¿Cómo puedes ser tan mentiroso?

—¡El mentiroso es usted! —chilla, con los ojos fuera de las órbitas.

Mi paciencia salta en mil pedazos. No puedo contenerme.

Levanto la mano y la estrello contra su mejilla. Antoine pega un chillido y cae rodando por tierra.

Su expresión hostil y desafiadora ha desaparecido al instante. Ahora me mira, amedrentado y temeroso. Se muestra tal como será más adelante, cuando llegue a mayor: miserable, adulador, cobarde y rastrero. Será de los gamberros que se diviertan atropellando a las ancianas, seguro.

A pesar de todo, me siento avergonzado y confundido por haber pegado a un chiquillo veinte años menor que yo. Le tiendo una mano.

—Perdóname, Antoine —digo—. Fue un arrebato...

Rechaza mi ayuda y se pone en pie de un salto.

—¡Váyase al infierno! —Me apostrofa. Echa a correr y desaparece entre la neblina en un santiamén.

Sacudo la cabeza. ¡Ese crío...!

El gato continúa agitándose epilépticamente a mis pies, tratando en vano de volver a ser libre. No sin ciertas precauciones, porque me imagino que debe estar terriblemente furioso, le quito la soga, el esparadrapo y los cordeles que le atan las patas. Apenas se ve libre, lanza un terrible bufido, da un enorme salto y desaparece en la espesura.

¿En qué casa de locos estoy?

Durante el resto del día, trato de enfrentarme con el señor Kerz-Hérault. Tengo vivos deseos de hablar con él.

Todo es inútil. Parece que la tierra se lo haya tragado.

Tamara no ha salido de su habitación. En cambio, su esposo, sí. Pero resulta inútil cualquier tanteo. Aunque se mantiene en pie y coordina las ideas, el estado de permanente embriaguez hace que resulten inútiles todos mis esfuerzos por entablar con él una conversación coordinada. Desisto y lo dejo por imposible.

Estoy un par de horas en la biblioteca. Luego salgo. Empiezo a ponerme nervioso. Me pesa el ambiente. Busco a Marianne, con resultado infructuoso. ¿Dónde se ha metido la muchacha?

Son las cinco de la tarde. Siento la necesidad de tomar una taza de café. Para evitar molestias inútiles, me dirijo a la cocina.

Sabine está allí, trasteando en sus cacharros. La sonrisa se ha borrado de su rostro. Me mira recelosamente.

—¿Puede prepararme una taza de café? —solicito cortésmente.

—¿Cómo no, profesor? Vaya al salón, se la llevaré allí inmediatamente.

—Oh, no se moleste, Sabine. La tomaré aquí mismo. Es decir —me apresuro a señalar—, si no le importa.

—En absoluto, señor profesor —empieza a moverse con agilidad y a los pocos minutos tengo dispuesta la taza con el humeante brebaje.

Mientras remuevo el azúcar con la cucharilla, digo:

—Un golpe terrible la muerte de la pobre Gaby, ¿no es cierto? La contestación de la opulenta cocinera es bien sorprendente.

—Era lo lógico —gruñe—. Tenía que acabar así.

—¿Por qué? —pregunto.

—No está bien que se difame la memoria de los muertos, pero cuando se es como Gaby... Bueno, ya está muerta y se acabó.

—Por favor —digo—, explíquese, Sabine.

La cocinera se vuelve y me mira con ojos llameantes.

—¡Era una mala zorra! —Casi grita, colérica—. Quería quitarme a mi François, ¿comprende el señor profesor?

—Bien, sí, lo comprendo. Pero usted no la habrá matado para deshacerse de una posible competidora, Sabine.

—No, claro que no. Sin embargo, me gustaría conocer al asesino para felicitarle —el acento de rabia y de odio late en las palabras de la pechugona cocinera, sin que ella se preocupe por disimularlo.

—Vamos, vamos, Sabine —le digo en tono levemente represivo—, dejemos en paz a los muertos. Si Gaby tuvo algún defecto, ya lo purgó sobradamente. Ahora, dígame, ¿quién fue el asesino? Mejor dicho, ¿de quién sospecha usted?

La cocinera levanta sus carnosos hombros.

—Algún vagabundo, quizá. François tiene que echarlos a veces. Por eso va siempre armado.

—¿Abundan mucho los vagabundos en torno a la «Maison»? —pregunto.

La respuesta de Sabine no hace sino eludir el tema.

—Y en torno a cualquier casa aislada de la comarca. No es cosa nueva, señor profesor —de repente me dirige una rápida mirada—. No se habrá metido usted a detective, ¿verdad?

—No, pero siento verdadera curiosidad por conocer al asesino. ¿Usted no, Sabine?

Vuelve a levantar los hombros.

—Para eso están los gendarmes —contesta en tono desabrido.

Callo un momento. Si sabe algo, se lo guarda para sí misma.

Para terminar, lanzo mi última pregunta, aunque dividida en algunas partes.

—Sabine, ¿cuánto tiempo lleva usted en la «Maison»?

—Treinta años, señor profesor —responde, con gran asombro

mío.

—¡Treinta años! —repito.

—Así es. Mis padres ya sirvieron a los anteriores dueños de la casa. Cuando vine aquí, tenía nueve o diez años.

Es decir, calculo, que ahora está rondando los cuarenta. ¡Pero nadie, al ver su magnífico aspecto, lo diría!

—¿Me ha visto usted a mí alguna vez antes de ahora, Sabine? —pregunto de improviso.

Una cucharilla se le escapa de las manos y cae al suelo con sonoro estrépito. Mi pregunta la ha sorprendido, evidentemente.

—¡Qué cosas tiene usted, profesor! —contesta, tratando de adoptar un tono bien humorado—. ¿Cómo iba a haberle visto yo? Nunca, hasta que el señor Kerz-Hérault dijo que iba a escribirle.

Dice no haberme visto nunca... pero se ha sobresaltado. Eso significa que me está mintiendo.

¡Todos me mienten en esta casa!

¿Por qué?

CAPÍTULO X

Cuando llego al comedor, a la hora de la cena, veo al señor Kerz-Hérault solo y decido aprovechar la ocasión.

—¿Puedo hablarle un momento, señor? —pregunto cortésmente. Los menudos ojillos del viejo me escrutan agudamente.

—¿Por qué no? Adelante, mi querido profesor. ¿De qué se trata?

—De nosotros dos —respondo.

—No le entiendo. ¿Está descontento de la hospitalidad que se practica en la «Maison»? ¿O acaso se siente impresionado por el desgraciado suceso que ocurrió ayer y desea volver de nuevo a Nancy?

—En absoluto, señor. Lo único que deseo es que me aclare algunos puntos que permanecen oscuros para mí.

—Estoy a su disposición, profesor. Hable sin temor alguno.

—En primer lugar, ¿por qué se dirigió a mí precisamente?

—Tengo un buen amigo, alto funcionario del Ministerio de Cultura. Le pedí me recomendase a un profesor joven y competente, con ganas de trabajar, y...

—Señor Kerz-Hérault —le interrumpo—, ¿está seguro de que fueron ésas las únicas razones por las cuales me llamó?

El rostro del calvo se contrae.

—Profesor, si en cualquier momento se siente descontento de nosotros, no tiene más que decirlo claramente. Podrá marcharse cuando lo desee; no se lo impediremos.

—No es de mi marcha de lo que quiero hablar —digo secamente.

—¿Entonces...?

—Señor, ¿resultaría incorrecto preguntarle desde cuándo reside usted en la «Maison»?

—¡Qué tontería! Más de cuarenta años, desde luego. ¿Por qué lo pregunta, profesor?

—Porque deseo que me diga si me ha visto usted en alguna época anterior a la actual.

Sus párpados se entornan.

—Desde luego que no, profesor. ¿En qué se basa usted para sostener tal afirmación?

«Me está mintiendo», pienso, mientras le miro de frente.

—Tengo la sensación de haber estado en la «Maison» hace ya muchísimos años, señor —digo lentamente.

El viejo sonríe.

—Quizá soñó con alguna residencia semejante a ésta, profesor. En lo que a mí respecta, puedo asegurarle rotundamente que no ha estado jamás en la «Maison» hasta que llegó hace unos días.

Las palabras de Hubert no pueden ser más contundentes.

¡Y sin embargo, la sensación de haber estado allí, persiste!

En ese momento, entran los esposos

D'André-Kerz

y se suspende el diálogo. Antoine les sigue a continuación. Me alegra ver que tiene la mejilla izquierda completamente encarnada. La mirada que me arroja el malvado crío podría fulminarme si fuese algo sólido. Marianne entra casi a continuación. Sus ojos y los míos se cruzan. La comprendo al instante. Quiere decirme algo. Bien, esperaré a una hora más conveniente.

Cenamos en casi completa armonía, quiero decir que incluso hablamos con cierta animación. Pero apenas terminado el postre, la gente empieza a desaparecer con sorprendente rapidez y en menos de un minuto me quedo solo.

¡Parezco un apestado!

Enciendo un cigarrillo y lo fumo calmamente. Al terminar, me pongo en pie y me dirijo a mi dormitorio.

Abro la puerta. Inmediatamente, me quedo helado de pavor.

¡Hay alguien en la estancia!

Está frente a mí. Me mira malignamente, con unos ojos que brillan en las tinieblas como si perteneciesen a un ser de averno. Un sudor frío inunda toda mi epidermis.

Retrocedo un paso. No sé si pedir socorro... o quizá es que no puedo despegar los labios. El terror me agarrota los músculos.

¿Cuándo me va a atacar ese misterioso monstruo?

De repente, un sonido extraño rompe el tétrico silencio. Casi estoy a punto de caerme al suelo, a causa de la debilidad que me invade, como consecuencia de la reacción opuesta.

Es el maullido de un gato.

Enciendo la luz. El felino está allí, sobre mi lecho, sentado sobre las patas traseras, quieto, inmóvil como una esfinge. Apenas se enciende la luz, desaparece el fulgor de sus pupilas.

Saco un pañuelo y me limpio el copioso sudor de la frente. Cierro la puerta y avanzo hacia el lecho con ciertas precauciones.

Me aproximo al gato. El animal ronronea suavemente. Le paso la mano por el lomo y sus ronroneos aumentan. Diríase que mis caricias le satisfacen. Por lo visto, se siente agradecido hacia mí por lo que le hice esta tarde.

El animal maúlla débilmente. Busco algo para obsequiarle. De pronto, encuentro una cosa que le agradará.

Todas las noches me sirven un vaso de leche, colmado hasta el borde, que dejan sobre la mesilla de noche, cubierto con un pañito. Nunca lo he tocado, porque no es mi costumbre ingerir nada a la media noche, pero en muchas casas tienen tales atenciones con los huéspedes. Es más bien una costumbre aldeana, que ya va desapareciendo con los tiempos.

El vaso está sobre un plato. Quito la servilleta, vierto un poco de leche sobre el plato y lo deposito sobre el suelo. El gato abandona el lecho en el acto y empieza a lamer la leche con avidez. Como me doy cuenta de que no tendrá bastante, cuando veo que está a punto de vaciar el plato, se lo lleno de nuevo.

En ese momento se abre la puerta. Marianne entra rápidamente y cierra apenas ha cruzado el umbral.

—¡Por favor! —susurra, poniéndose un dedo sobre los labios.

Dejo el vaso de leche sobre la mesita y avanzo hacia ella.

—¿Qué ocurre? —Me doy cuenta de que mira al gato y le explico—: Estaba aquí cuando entré y se me ocurrió que tal vez podría gustarle un poco de leche. Acerté.

Ella sonríe levemente. Pero la preocupación flota en su rostro.

—¿Ocurre algo? —inquiero, al darme cuenta de ello.

—François ha desaparecido —dice dramáticamente.

—No me extraña —digo.

—¿Por qué? ¿Lo encuentra natural, Alain?

—Claro. François fue el que me atacó anoche y me rasgó la camisa.

—¿Cómo lo sabe usted? —pregunta Marianne, muy asombrada.

—Tuvo que ser él —insisto—. Verá, cuando estaba sobre mí, quién sabe si estudiando la mejor forma de matarme, oyó sus pasos y se escurrió. Usted no se tropezó con él, ¿verdad?

—No, en absoluto.

—Mi razonamiento es el siguiente: El hombre que me atacó, tenía que esconderse de usted, al menos, para no ser visto en los primeros momentos. Ahora bien, era lógico que sospechase que, una vez repuesto yo, me lanzase en su búsqueda. Si le encontrábamos en alguno de los huecos del desván, no podría alegar nada satisfactorio para explicar su presencia allí, ¿verdad?

—Desde luego.

—Pero si entrábamos en el dormitorio de François, encontraríamos a una pareja durmiendo tranquilamente en el lecho conyugal.

—¡Es verdad! —Reconoce la muchacha—. ¡Pero ahora ha desaparecido!

—¿Y no tiene usted la menor idea de dónde puede hallarse?

—En absoluto.

—Sabine —digo, sumamente preocupado— aparecía muy nerviosa esta tarde —relato a Marianne lo que me sucedió con la cocinera y prosigo—. Es evidente que ella sabía ya algo y por eso estaba tan excitada.

—Sí, pero...

El gato emite un brusco maullido y las palabras de Marianne quedan cortadas repentinamente.

Marianne y yo volvemos los ojos al mismo tiempo. ¡Algo le sucede al gato!

Sus flancos se dilatan y contraen con suma rapidez, al mismo tiempo que su lomo se arquea y sus pelos se ponen de punta. Bruscamente, empieza a dar unos terribles saltos por la estancia, a la vez que emite unos horrendos maullidos.

Agarro a Marianne por un brazo y la aparto a un lado.

—¡Está rabioso! —digo, muy asustado. ¡Un gato rabioso no es cosa de broma, pardiez!

Los saltos del felino cesan tan bruscamente como han comenzado. Se mantiene en pie durante unos interminables segundos y luego, repentinamente, cae a un lado. Sus miembros se estiran y luego se relajan poco a poco. Los convulsivos movimientos de sus flancos cesan totalmente.

—¡Dios mío! —gime Marianne—. ¿Qué le ha pasado a ese pobre gato?

Una horrible sospecha invade mi mente. Mis ojos van del plato vacío que aún está en el suelo, al vaso mediado de leche que permanece sobre la mesilla.

—¡Lo han envenenado! —exclamo.

—¡Envenenado! —repite Marianne, horrorizada.

—Sí. Fíjese en la leche que falta del vaso. Se la ha tomado el animal y ha muerto —me arrodillo junto al gato, comprobando que, efectivamente, su corazón ha dejado de latir.

Instintivamente, Marianne se aprieta contra mí. Su cuerpo es un puro temblor de pánico.

—¡Señor, Señor! —murmura.

La tomo por los hombros y la sitúo frente a mí.

—Marianne, mi vida corre grave peligro. Ya he sido atacado una vez y ésta es la segunda. ¿Qué sabe usted? ¿Por qué quieren asesinarme? ¿Qué intenciones guiaron a Hubert al traerme a la «Maison»?

—No sé nada, Alain —contesta ella—. Se lo suplico...

La sacudo fuertemente.

—No es verdad, Marianne. Usted tiene que saber algo a la fuerza. Vive en la «Maison» desde hace años... ¿Por qué estoy yo aquí? ¿Qué cuerpos son los que he de hallar?

—Por favor... No puedo... No tengo permiso...

—¿Que no tiene permiso? —repito, creyendo estar soñando—. ¿De quién, Marianne?

Retrocede un paso, con la angustia pintada en el rostro. Sus manos se juntan en un ademán de súplica.

—Se lo ruego, Alain. Tengo severamente prohibido...

—¿Quién es el autor de la prohibición? —corto bruscamente. Y de súbito, recuerdo una cosa—. Jean, ¿no es cierto?

Sé que he dado en el blanco. La expresión de Marianne así lo afirma.

Repentinamente, me siento celoso. Es absurdo, pero un sentimiento de odio, no por inexplicable menos cierto, estalla de pronto dentro de mí contra Jean.

—Muy bien —digo—. No hablemos más del asunto. Pero —prometo—, ¡pobre de Jean si consigo echarle el guante encima!

Apretando los labios, miro a mi alrededor. Pienso que es preciso hacer desaparecer el cadáver del felino.

De momento, lo dejaré allí... no, en el cuarto de baño. Luego, por la mañana, lo envolveré en un trapo y lo abandonaré en cualquier rincón del bosque.

Me inclino sobre el cuerpecillo de la bestia y lo tomo por el rabo. Marianne me contempla en silencio.

Me dirijo al cuarto de baño. Abro la puerta y doy la luz. He de buscar el rincón más adecuado para dejar el gato muerto. De repente, mis dedos pierden la fuerza y el cadáver del felino cae, al suelo con sordo choque.

Acabo de encontrar a François.

CAPÍTULO XI

François está ahorcado.

El cuarto de baño es antiguo y dispone de un enorme termo para el agua caliente. La cuerda que sujeta a François por el cuello está atada a una de las tuberías que traen el líquido al calentador.

(Me imagino que debe ser François, porque el cadáver es el de un hombre al que no he visto hasta ahora y su edad, más o menos, concuerda con la de Sabine).

Marianne se da cuenta de mi inmovilidad y se me acerca.

—¡Quieta! —ordenó, volviéndome hacia ella—. No entre en el cuarto de baño.

Su rostro adquiere una espantosa blancura. Sin duda presume lo que hay al otro lado de la puerta.

—¡Alain! —exclama—. ¿Es...?

—Supongo que sí —confirmo—. Aunque no he visto jamás a François, me imagino que no puede ser otro.

Su pecho palpita con fuerza.

—¿Está muerto?

—Ahorcado.

Lanza un gemido. Estiro el brazo y la sujeto, antes de que caiga al suelo. Cierra los ojos un momento, pero los abre enseguida.

—Suélteme, ya estoy mejor.

Se pasa una mano por la frente. Yo empiezo a hacer suposiciones. Esta gente no descansa. Quieren quitarme de en medio, de una forma u otra. Achacándose el crimen o asesinándose, tanto da.

Pero no tengo la menor intención de hacerles el juego.

—Marianne —vuelvo a tomarla por el brazo—, tiene que ayudarme.

—¿Qué es lo que he de hacer?

—Usted conoce el modo de hacer funcionar la chimenea de la biblioteca... Oh, no me diga que no; lo he visto con mis propios ojos.

—¿Sugiere que saquemos el cadáver de François por allí?

—Sí, desde luego. ¿A dónde conduce el pasadizo? —Doy por sentado que debe existir un pasadizo. De lo contrario, ¿para qué una puerta secreta?

—Es un túnel muy antiguo. Sale casi al pie de la tapia, por la parte del claustro.

—¿Quiénes conocen la existencia del pasadizo, además de usted y Jean, naturalmente?

Se muerde los labios.

—Creo que nadie, Alain —responde al cabo.

—Bien —digo—. Vamos a sacar el cadáver utilizando el pasadizo.

—¿Y después, qué hará, Alain?

—Déjelo de mi cuenta. Lo único que le pido es que me ayude. ¿Lo hará así, Marianne?

—Oh, sí, sí, lo que usted quiera, Alain.

—¡Buena muchacha! —alabo. Consulto el reloj; son las diez de la noche apenas—. Todavía es temprano; puede haber gente despierta y podrían vigilarnos. Vaya a descansar un rato; yo la avisaré cuando crea llegado el momento oportuno.

—No sé si podré descansar —dice ella, toda temblorosa—. Estoy muerta de miedo.

—A usted no la harán nada, Marianne; soy yo la pieza que desean capturar y no me dejaré atrapar tan fácilmente. Ande, váyase.

La acompaño hasta la puerta. Cuando se cerciora de que no hay nadie en el corredor, se escapa a su dormitorio.

¡Y yo me quedo solo en el mío, con la compañía de dos cadáveres: el de un gato y el de un guardabosque!

Enciendo un cigarrillo para calmar mis nervios y reflexionar durante unos momentos. Cuando termino, me adentro en el cuarto de baño.

Trabajo de firme durante un buen rato. Hasta el momento de hacer desaparecer el cadáver del guardabosque, que es el que más

me preocupa, debo esperar.

Estoy seguro de que alguien vendrá a ver lo que ha pasado.

El tiempo transcurre lentamente. Fumo algún cigarrillo de cuando en cuando, en la oscuridad, atento a los ruidos que provienen del exterior. Pero lo único que oigo son las campanadas del gran reloj que hay en el vestíbulo.

Dan las once, las doce, la una... Empiezo a pensar que ha llegado ya el momento de sacar de la habitación el cadáver de François, los motivos de cuya muerte me imagino fácilmente.

Bruscamente cruje una tabla en el corredor. Estoy escondido tras la puerta del cuarto de baño, de la cual he dejado abierta solamente una estrecha hendedura. Dada la forma de colocación de sus goznes, percibo claramente la situación de mi cama.

La puerta se abre. Alguien entra en la estancia.

Hay demasiada oscuridad para que pueda distinguir quién es. Además, por el momento, no me interesa detenerle. Sin embargo, puedo darme cuenta de que lleva ropas muy largas. Por lo tanto, es una mujer.

Se acerca al lecho, una luz se enciende de repente. Lleva en la mano una pequeña linterna eléctrica.

Los rayos luminosos inciden de lleno sobre el desfigurado rostro de François. El choque que recibe la mujer es espantoso.

La linterna despidе un tenue resplandor reflejo, que me permite, con pupilas habituadas a la oscuridad desde hace rato, ver su rostro con bastante claridad. Abre y cierra la boca convulsivamente, emitiendo gritos que, no se oyen, porque no brota ningún sonido de su garganta, y tiembla de tal modo, que me da la sensación de ir a desplomarse en cualquier momento.

¡Por supuesto, a partir de este momento, si Sandra fingía solamente su locura, difícil le será seguir manteniéndose cuerda!

La linterna se escapa de sus dedos sin fuerzas y cae sobre la alfombra, la cual amortigua el impacto. Sandra da media vuelta y huye.

Afortunadamente, no ha gritado, no ha hecho el menor ruido, lo cual significa que los otros no saben que ha estado aquí. Pero eso no quiere decir que no vayan a venir en cualquier momento.

Es hora de actuar con rapidez. Salgo veloz de mi habitación y voy a la de Marianne. La muchacha está acostada sobre su lecho,

vestida, cubierta solamente con una manta. El cansancio la ha vencido al fin y duerme.

Se despierta rápidamente cuando le toco en el hombro. Sin decir palabra, aparta la manta a un lado.

—Espéreme en la biblioteca —le digo en voz muy baja.

Marianne asiente. Vuelvo a mi dormitorio.

Envuelvo el cuerpo de François en una manta y me lo cargo al hombro. No quiero hacer un chiste malo, ¡pero el condenado pesa como un muerto!

Actúo con toda la rapidez posible. Es preciso hacer desaparecer el cadáver del guardabosque antes de que los demás lo vean.

No obstante el peso, me muevo con cierta ligereza. Desciendo al vestíbulo y penetro en la biblioteca. Apenas me ve Marianne cruzar el umbral, presiona el resorte de apertura y la chimenea gira a un lado, lenta y silenciosamente.

Una negra abertura de más de un metro de ancho por dos de alto, de la cual sale una insoportable tufarada de aire húmedo y fétido, queda ante mis ojos. Sin vacilar, doy un par de pasos en el interior de la oquedad y, dejo caer el cadáver.

Suena un golpe sordo, estremecedor. Detrás de mí, Marianne deja escapar un gemido.

Salgo afuera. Ella se extraña.

—¿No lo llevamos ahora al exterior?

—No. Luego, en otro momento más oportuno. Ya le diré cuándo. Ahora hemos de volver cada uno a nuestro dormitorio. ¡Pronto!

La chimenea ocupa de nuevo su lugar. Salimos, después de habernos cerciorado de que el camino está despejado. Nos separamos en el corredor y nos dirigimos a nuestras respectivas habitaciones.

Según sospecho, no es la visita de Sandra la única que recibiré esta noche.

Me desvisto rápidamente, me pongo el pijama y en unos segundos estoy metido en la cama. Apago la luz y espero.

Pasan unos minutos, pocos. De haberme retrasado un cuarto de hora, nos habrían sorprendido fuera de la habitación.

Un tenue rayo de luz penetra en el dormitorio procedente del pasillo. Esa luz se hace más intensa y al cabo, a través de los párpados entornados, distingo una silueta.

Los contornos de esa silueta son inconfundibles: se trata del viejo.

Hubert permanece unos momentos bajo el dintel, indeciso, como si temiera algo. Estoy seguro de que la loca, después de haberse recuperado del tremendo choque, ha ido a relatarle la increíble visión que ha contemplado.

Otra silueta se une a la anterior. Es la de un hombre, luego sólo puede ser la de Wolf. Ahora no está borracho, evidentemente.

En verdad, no las tengo todas conmigo. ¿Y si deciden asesinarme?

Al cabo de unos segundos que me parecen interminables, franquean el umbral y avanzan hacia el lecho. Uno de ellos tiene en la mano una pequeña linternilla eléctrica. Cuando está a mi altura, la enciende y la enfoca sobre mi cara.

—¡Maldición!

La luz se apaga instantáneamente.

Los dos hombres permanecen aturridos durante unos segundos; luego, ambos a una, giran sobre sus talones y casi echan a correr, atropellándose en su ansia por salir de la habitación.

Al quedarme solo, me siento en el lecho y prendo un cigarrillo, sumamente preocupado.

Parece como si todos los habitantes de la «Maison», excepción hecha de Marianne, naturalmente, se hubieran confabulado contra mí. ¿Por qué?

¿Acaso soy un estorbo para ellos y desean mi desaparición?

Pienso frenéticamente, sin encontrar respuesta a ninguna de las numerosas preguntas que bullen en mi cerebro. Francamente, no acabo de entender cuáles son las verdaderas causas por las cuales me encuentro en la «Maison».

Luego pienso que es preciso hacer desaparecer el cuerpo del guardabosque. A menos que Marianne sea la única que conozca el secreto del pasadizo, corro el peligro de que lo descubran en cualquier momento.

¿Por qué lo asesinaron?

Es evidente que François no vino a suicidarse en mi cuarto de baño. Eso quiere decir que tratan de deshacerse de mí de una forma u otra. ¿Es que ya no les sirvo?

Acabo el cigarrillo y me tiendo en el lecho. A pesar de mi

excitación, el sueño empieza a vencerme.

¿Qué significa 12 N. 5 E.?

CAPÍTULO XII

Sabine me sirve el desayuno. Está pálida y ojerosa. Aprovecho la oportunidad de estar solo.

—¿Se ha sabido algo de su esposo, Sabine? —pregunto.

La mujer me lanza una mirada indefinible. ¿Está aterrorizada?

—Sí, señor profesor. Ha ido a visitar a una tía que vive en Eguissan.

—Ah, lo celebro —miento tan fresco. Sabine supone algo malo para su esposo, pero tiene miedo. ¿De quién?

Seguramente de todos, no hay ni qué dudarlo. Pero no puedo seguir hablando mucho tiempo con ella. Tamara entra en el comedor, caminando con sus habituales contoneos y luciendo una impúdica sonrisa.

—Hace un día magnífico —dice, después de los primeros saludos.

—En efecto —contesto.

Se sienta y desayuna con rapidez. Charlamos normalmente. Su conversación es rápida, agradable y fluida. De repente, cuando ya estamos terminando, me dice:

—Profesor, ¿le agradecería dar un paseo conmigo por el parque?

—Me sentiría encantado de que usted aceptase mi compañía, señora.

—Tamara, no lo olvide —dice ella, sonriendo hechiceramente.

¿Qué pretenderá ahora?

—Muy bien, Tamara, pero no olvide que yo me llamo Alain.

—De acuerdo, Alain.

Nos ponemos en pie y salimos del comedor. Al cruzar el vestíbulo, veo a Marianne que está arriba, en lo alto de la escalera, contemplándome con el rostro cubierto de sombras. Le hago una

seña de que debe esperar, procurando no ser visto por mi acompañante.

Paseamos a lo largo del parque, hablando de temas sin importancia. Tamara no siente el menor deseo de mencionar otros asuntos y yo no quiero forzarla a ello. Esta invitación me extraña y quiero saber a qué se debe. Dejaré que sea ella misma la que descubra su juego.

Hemos desayunado tarde, de modo que el sol está ya bastante alto cuando salimos al parque, el cual ofrece un aspecto maravilloso en esta placentera mañana otoñal. Parece mentira que esta noche hayan ocurrido tantas cosas, entre ellas el asesinato de un hombre.

De pronto se me ocurre una idea. François vio las letras grabadas en mi espalda y lo participó a alguien. Ese alguien, una vez conoció lo que le interesaba, se deshizo de François, porque le resultaba un estorbo. Pero ¿a quién he de incluir en esa vaga denominación de «alguien»? ¿A todos los que no son Marianne?

Llegamos al claustro. El agua de la piscina está quieta, con algunas hojas caídas de los árboles sobre su espejeante superficie.

—Es un lugar maravilloso —digo de pronto—. Tengo la seguridad de que si abriesen la piscina al público, estaría siempre rebosante de gente. Al menos en la época estival, por supuesto.

—No nos interesan los extraños —contesta Tamara—. Perdón, no me refería a usted, Alain.

—Gracias, Tamara. Tengo entendido que la piscina desagua en el Rhin.

—Efectivamente, así es. El Rhin, es decir, la frontera, está a menos de quinientos metros.

—Sí, ya he podido darme cuenta de ello. ¿Quién construyó la piscina?

—En realidad, estaba ya construida. En un principio, fue destinada a cripta del claustro de una capilla que no llegó a terminarse. Nosotros la acondicionamos... aunque a veces pienso que no hemos tenido mucho éxito.

Señala al trampolín de saltos, situado a una docena de pasos del punto en que nos hallamos situados.

—Temo que ese artefacto no armoniza muy bien con el conjunto arquitectónico.

—Pero es útil —digo, tratando de animarla.

—Sí, claro —hace un gesto ambiguo.

De repente, observo algo extraño en el trampolín, entre la armazón de viguetas de hierro que sustentan su estructura. Ya lo había visto días atrás, pero hasta hoy no se me había ocurrido preguntarme para qué puede servir ésa rueda vertical, con un piñón de 45.º en el eje, que engrana con otro piñón horizontal de los mismos grados, sujeto a otro eje que desaparece bajo las losas.

—¿Para qué sirve ésa rueda? —pregunto.

—Acciona el mecanismo de desagüe de la piscina —contesta Tamara—. Venga, Alain, verá algo curioso.

Camina hacia el trampolín. Se mete entre los soportes y agarra la rueda con ambas manos.

—Observe el agua, Alain.

Me acerco a la orilla, pero, temeroso de una jugarreta, me agarro fuertemente con la mano derecha a uno de los soportes. Tamara hace girar la rueda.

Las aguas se arremolinan casi al instante con sordo estruendo. Un veloz remolino se produce en el fondo y asciende velozmente a la superficie, tomando el aspecto de un *maëlstrom* en pequeño.

¡Pero pobre del que caiga en las garras de ése vórtice!

La idea surge rápida, brutal, instintiva, y me hace estremecer. ¿Qué diámetro tan enorme tiene ese desagüe?

El remolino cesa de pronto. Tamara ha hecho girar la rueda en sentido contrario. Las aguas se aquietan.

—Una cosa muy curiosa, en efecto —convengo, mirándola de frente.

—Cuando decidimos acondicionar la parte del claustro destinada a cripta, para transformarla en una piscina, nos encontramos con que el agua se escapaba irremisiblemente, pese a todos nuestros esfuerzos —explica la opulenta mujer—. Naturalmente, hubo que buscar la causa de aquel escape y entonces se encontró la entrada a un túnel de más de metro y medio de ancho. Entonces fue cuando instalamos la compuerta.

—Una persona que cayera al agua, en el momento en que la compuerta estuviera abierta de par en par, sería arrastrada irremisiblemente por el efecto de succión —digo estremeciéndome.

Támara me lanza una mirada indefinible.

—Y hay medio kilómetro de túnel —murmura.

Entonces pienso que quizá el que me golpeó aquel día, pensaba abrir la compuerta y que ocurrió algo que se lo impidió. Posiblemente, vio llegar a alguien y tuvo que escapar.

Pero yo no vi a nadie. ¿Quién era el que le interrumpió la tarea a mitad?

Se lo preguntaré a Marianne. Quizá ella sepa algo... acaso fue la persona que interrumpió a mi frustrado asesino a mitad de la tarea.

¿Pero me iban a lanzar al agua sin haber examinado mi espalda?

Encuentro que son demasiados misterios. Ya los resolveré, espero.

Vuelvo la vista hacia Tamara. Ella sonríe. Parece como si aguardara a que le dijese algo.

Y se lo digo:

—Hay una cosa que me ha parecido un tanto extraña desde que llegué a la «Maison», Tamara.

—¿Sí? —pregunta cortésmente.

—Es la partícula Kerz en su apellido. Tiene grafía y fonética completamente germánicas.

—Efectivamente, el origen es teutón, pero muy antiguo. Los orígenes más próximos, hablo de un par de siglos a esta parte, provienen de Alsacia.

—Entiendo. Las familias se fundieron cuando las ramas francesa y de los Kerz contrajeron sucesivos matrimonios.

—Así sucedió —concuerta Tamara—. Y siempre nos casamos con alguien que lleve la partícula Kerz en su apellido, bien posterior, bien anterior.

Esa absurda manía de no querer matrimoniar más que entre parientes, les ha llevado a engendrar hijos como la loca y el malvado Antoine, tarados física y mentalmente, pienso.

—Usted es casada —digo—. Pero si fuese soltera y yo la pretendiera, no podría casarme con usted.

Una expresión de ironía aparece en su hermoso rostro.

—Estoy casada ya —replica ambigüamente.

Lo cual significa que para ella la partícula Kerz es algo vano y sin valor. Si le hubiese salido algún partido mejor que Wolf, se habría casado con el sujeto sin dudarlo, aunque no se llamase Kerz.

Tamara tiene aspecto de ambiciosa. Y, seguramente, lo es. Entonces, no se entiende cómo se casó con un tipo como Wolf, que

sólo puede ofrecerle comida y un techo para cobijarse. ¿Por qué soporta la espantosa monotonía de una existencia tan aislada y desprovista de toda vida social?

Debió existir sin duda algún motivo poderoso para decidirla a ofrecer su blanca mano —y lo que sigue del cuerpo, que es mucho y muy suculento— a un tipo como Wolf

D'André-Kerz.

Quizá esperaba conseguir algo... y luego, sus ilusiones fracasaron. Resultaría sumamente interesante saber cuáles fueron los primitivos proyectos de Tamara al casarse con Wolf... y cuáles de ellos se han realizado. Muy pocos, seguramente.

—¿Vamos? —sugiere ella, interrumpiendo súbitamente mis reflexiones.

—Sí, vamos.

Antes de partir, lanzo una mirada hacia la superficie del agua. Se ha aquietado por completo, y el líquido es perfectamente transparente, permitiendo ver el fondo, situado a poco más de tres metros de profundidad, compuesto de grandes losas de piedra, cuyos intersticios de separación se divisan con gran nitidez. Asimismo puedo ver también el rectángulo oscuro de la compuerta de cierre del desagüe.

Regresamos a la casa. Al llegar al vestíbulo, nos despedimos.

Vacilo unos momentos, mientras pienso en lo que debo hacer. De pronto, capto una sensación extraña.

Alguien me está observando subrepticamente. Vuelvo la cabeza con rapidez y diviso a Antoine, que asoma la suya por la puerta del comedor. Se esconde rápidamente, apenas se da cuenta de que le he visto.

La expresión de odio de sus ojos me asusta. ¿Qué clase de herencia genética ha recibido ese muchacho para que su mente enfermiza pueda albergar tales sentimientos?

Giro a la izquierda y me adentro en la biblioteca. Esperaré a que venga Marianne.

Pero antes quiero espantar un moscón. Una vez he pasado al interior, me sitúo junto a la puerta y dejo pasar quince o veinte segundos.

Abro la puerta bruscamente. El susto que se lleva el crío es tal que no puede por menos de lanzar un agudo chillido. Escapa a la

carrera, rojo hasta las orejas, lo cual me produce un acceso de hilaridad. Luego cierro, seguro de que ya no va a volver a espiarme.

Enciendo un cigarrillo, tomo un libro cualquiera, al azar, y lo abro. Leo durante media hora, aproximadamente. Al cabo de ese tiempo, Marianne entra rápidamente y cierra con llave. La miro, dándome cuenta por la agitación de sus senos, de que está muy excitada.

Corre hacia mí. Tomo sus manos. Están heladas.

—¿Qué le ocurre, Marianne?

—No he podido dormir apenas durante el resto de la noche. ¿Qué ha estado haciendo usted, Alain?

—Tamara me invitó a dar un paseo. No pude negarme.

—Comprendo —suspira—. ¿Vio o descubrió algo de particular?

—Sí. Una cosa.

Sus ojos me miran casi con hipnótica fijeza.

—¿Alain? —murmura.

—Cuando me golpearon y me arrojaron a la piscina, ¿me vio usted?

—No, por Dios.

—Tengo la seguridad de que al asesino quería lanzarme por el desagüe. Algo se lo impidió, quizá la inesperada presencia de otra persona. ¿Está segura de que en aquellos momentos no se hallaba paseando usted por las inmediaciones del claustro?

—En absoluto, Alain. Se lo juro...

—Es suficiente; la creo, Marianne. Sin embargo, todo esto me tiene muy preocupado, como puede comprender. Y usted podría ayudarme mucho, si quisiera.

—Si pudiera —rectifica ella.

—Porque se lo prohíbe Jean.

La súbita coloración de sus mejillas denota que mi flecha ha dado en el blanco. Su pecho adquiere un rápido movimiento de ascenso y descenso.

—¿Quién es Jean? —inquiero—. No me de más detalles... sólo deseo saber exactamente qué clase de relaciones le unen con usted.

Marianne vacila unos instantes. Se muerde los labios. Al fin, dice:

—Es mi hermano.

—¡Su herm...!

Una oleada de júbilo incontenible me invade. De buena gana la abrazaría, cubriría de besos sus mejillas, sus labios y su cuello de cisne... la estrecharía contra mi pecho para sentir el trémulo palpar del suyo... Pero la cordura se impone.

Ella se da cuenta de mis pensamientos y sonrío levemente. Su sonrisa dura poco, sin embargo.

—Alain.

—¿Sí, Marianne?

—Tenemos algo que hacer —dice, con la mirada fija en la monumental chimenea.

—En efecto. Pero no es necesario que venga usted. Indíqueme el camino solamente...

—No hay luz en el túnel. Yo tendré que alumbrarle —contesta, enseñándome una pequeña linterna que lleva en uno de los amplios bolsillos de su falda campestre.

—Muy bien. Vamos.

Se acerca a la chimenea, situándose en el centro, frente al escudo de armas de la familia. Con la mano derecha, oprime la tercera flor de lis y con la izquierda presiona sobre el centro de la cruz de los Caballeros Teutónicos.

Casi inmediatamente suena un seco chasquido. La masa entera gira suavemente sobre unos goznes bien engrasados.

Marianne se echa a un lado, mientras yo espero que la chimenea termine su movimiento de giro. Entonces, ella enciende su linterna y alumbra el interior del pasadizo.

Un escalofrío de horror nos sacude a ambos al mismo tiempo.

¡El cadáver de François ha desaparecido!

CAPÍTULO XIII

Durante unos momentos, permanecemos quietos, clavados en el suelo, estupefactos y horrorizados a un tiempo, como si no quisiéramos dar crédito a nuestros ojos.

De repente, arranco la lámpara de manos de Marianne y me adentro unos pasos en el fétido corredor. Paseo el haz de rayos cuán lejos puedo.

No, no hay el menor rastro del cadáver de François.

Me vuelvo hacia Marianne. Está palidísima, a punto de desmayarse.

—¿Cree que han podido ser ellos? —inquiero.

—No... no sabría responderle, Alain.

Aprieto los labios. ¡Alguien trata de jugar conmigo y con mis nervios!

Agarro el brazo de Marianne y la arrastro conmigo. Las explicaciones, más tarde.

—Espere —dice ella. Se vuelve, presiona otro resorte situado a la derecha de la entrada y la chimenea gira nuevamente en sentido inverso. Quedamos encerrados en el túnel.

—Ya podemos seguir —exclama, cuando la chimenea ha vuelto a su posición primitiva.

Caminamos en silencio. Muevo la linterna por todas partes, buscando algún rastro del cadáver. Huelga decir que llegamos al fin del túnel sin hallar la menor señal de lo que buscamos.

Al cabo de un buen rato me detengo al pie de unas escaleras que ascienden.

—¿Subimos? —pregunto.

Marianne mueve la cabeza afirmativamente. Incluso me precede y llega antes que yo a una especie de trampilla situada al final de la

escalera.

La trampilla parece bastante pesada, por lo que me veo obligado a ayudarla para levantar aquella cubierta. Al fin, un chorro de aire fresco y puro nos da en la cara. La luz del día entra a raudales.

Salimos al exterior. Compruebo que estamos a unos cincuenta metros más allá del claustro, con éste entre la «Maison» y nosotros. La elevada tapia que cierra el recinto del parque queda a nuestras espaldas.

La entrada al subterráneo está muy bien disimulada. Incluso, sobre la madera de la trampilla, se ha puesto un poco de tierra, en la que crecen algunas plantas, a fin de disimular la abertura entre los espesos arbustos que la rodean.

—Marianne —preguntó al cabo de unos momentos—, en su opinión, ¿quién se ha podido llevar el cadáver?

—No lo sé, Alain.

La miro fijamente a los ojos.

—Aparte de usted y de Jean, ¿cuántos más conocen la existencia del túnel y de la entrada secreta por la chimenea?

—Quisiera estar segura, pero me parece que solamente nosotros dos.

Respiro aliviado.

—Entonces, no se hable más. Ha sido Jean.

—¡Jean! —repite ella—. ¿Por qué había de hacerlo?

—Marianne —digo lentamente—, creo que usted misma, mejor que yo, podría responderme a esa pregunta. ¿No es cierto?

Desvía la mirada a un lado. Para mí, resulta obvio que su hermano la tiene dominada por completo.

—Está bien —digo, despechado—. No me conteste si no quiere, pero tenga en cuenta que todos los habitantes de la «Maison» están confabulados contra mí para asesinarme, y estoy seguro de que usted conoce los motivos. En otras circunstancias, me habría marchado de aquí inmediatamente. Ahora, me resulta forzoso quedarme, y ello por una poderosa razón: yo he estado en la «Maison» antes de ahora —hago una breve pausa—. No puedo afirmarlo, no tengo pruebas de ello, pero estoy seguro.

La mano de Marianne se apoya en mi brazo. Me mira con expresión suplicante.

—Jean, es cierto, me ha prohibido que haga el menor

comentario acerca de estos asuntos —dice—. Pero usted debe confiar en mí, Alain. Se lo suplico. Yo... le aprecio mucho, ésta es la verdad... y sólo le ruego que tenga un poco de paciencia. Creo que Jean me dará su permiso para hablar muy pronto. No puede retrasarse ya demasiado, sobre todo cuando se han cometido dos asesinatos, ¿comprende?

—¡Pero es que el mío está en puertas! —alego con vehemencia.

—Por favor —ruega ella de una forma que me conmueve hasta en lo más íntimo de mi ser.

¿Quién se resiste a una súplica semejante, hecha por una joven tan encantadora como Marianne?

—Usted dijo antes que me aprecia mucho —exclamó.

—Es verdad —contesta, con las mejillas gloriosamente enrojecidas.

La tomo por los hombros y la acerco a mí.

—Yo también la aprecio a usted mucho, Marianne. Mejor diría que es algo más que simple aprecio lo que siento por usted.

Ella sonríe levemente. La expresión de su rostro cambia por completo. La atraigo hacia mí, sin que oponga resistencia. ¡Debe ser maravilloso vivir al lado de una mujer como Marianne!

Inclino levemente la cabeza. Marianne entreabre sus labios. En este momento, ambos hemos olvidado nuestras preocupaciones por completo. No nos importan venenos, cadáveres ni misterios. ¡Sólo existimos el uno para el otro!

Su respiración se acelera. Está ya tan cerca de mí, que puedo percibir el latido de su corazón. Medio segundo más y nuestros labios se unirán por primera vez.

En ese momento, una ramita cruje a corta distancia de nosotros.

Marianne y yo nos separamos vivamente, al mismo tiempo que volvemos la vista hacia el lugar donde ha sonado el chasquido.

Un rostro nos mira con expresión de sorpresa. Sorpresa por haber sido descubierto. Es Antoine.

—¡Maldito entrometido! —exclamo airadamente.

Una súbita cólera me invade, tanto por la interrupción de un encantador momento, como por el espionaje que nos hace ese endiablado chicuelo. Casi sin saber lo que me hago, arranco a correr hacia él.

Antoine me ve. Gira sobre sus talones y corre también.

—¡Espera, mocoso! —le apostrofo mientras le persigo.

¡Qué se va a esperar! Puede que la cabeza le pese, pero no lo demuestra. Corre como un gamo, ésta es la verdad.

A pesar de todo, estoy a punto de alcanzarle. Y lo habría conseguido, de no ser porque el pie se me enreda repentinamente en una raíz que no he advertido y mi carrera se ve truncada bruscamente.

Vacilo, manoteo tratando de conservar el equilibrio. Todo es inútil.

Tengo que dar las gracias al arbusto que amortigua los efectos de mi caída. Las ramas crujen y gracias a ellas no me rompo las narices.

Penosamente, sintiéndome burlado y defraudado, me esfuerzo por ponerme en pie. Marianne llega en ese momento.

—¡Alain! —grita.

—Estoy bien —contesto, terminando de levantarme y limpiándome la ropa con gesto maquinal—. ¡Ese crío!

—Es malo, malo de veras —se estremece ella—. Siempre anda espiando detrás de las puertas.

—Pues si lo llego a atrapar yo, creo que le habría quitado esa fea costumbre para siempre —mascullo entre dientes—. ¿Qué diablos hace aquí, cuando debiera estar en un colegio estudiando?

—¿Y quién pagaría la cuota mensual? —contesta Marianne.

De modo que los habitantes de la «Maison» están en la ruina.

Las palabras de la muchacha no pueden ser más significativas. Ni siquiera tienen dinero suficiente para abonar el importe del internado de Antoine en un buen colegio donde, además de estudiar, le corregirían muchos de sus vicios.

Al correr detrás del crío, he llegado junto a las ruinas. Tomo a Marianne por un brazo y nos sentamos en uno de los bancos de piedra, bajo un arco, entre dos columnas. Empiezo a rumiar acerca de lo que Marianne acaba de confesar.

Están arruinados. Y a mí me han traído aquí por unos motivos que desconozco todavía. Pero en la espalda tengo un tatuaje que son unas cifras y unas letras.

«Parece la indicación del emplazamiento de un tesoro», dijo Marianne cuando me encontró después del ataque de François.

¿Un tesoro?

Quizá los habitantes de la «Maison» quieren asesinarme, una vez conocen las cifras exactas. Sin embargo, me parece absurdo pensar que esa inscripción pueda señalar el emplazamiento de un tesoro.

¡Pero algo quiere decir, eso está fuera de toda duda! 12 N. 5 E.

¿Cuál es el exacto significado de ese pequeño jeroglífico?

Marianne y yo permanecemos silenciosos. Mi vista está fija en la superficie del agua de la piscina.

Enciendo un «Gaulois». Aspiro el humo con fuerza.

—Siento no poder ofrecerte otra clase de tabaco —me excuso.

—No tiene importancia —contesta ella. Me ve preocupado y su rostro se ensombrece también—. ¿En qué estás pensando, Alain?

—En el tatuaje de mi espalda.

Marianne calla de nuevo. Mi imaginación trabaja activamente, tratando de hallar un significado congruente para esas dos cifras y las dos letras que las acompañan.

12 N. 5 E.

¡Bruscamente, veo la luz!

Casi me pongo en pie de un salto, a la vez que una exclamación brota incontinentemente de mis labios.

—¡Ya lo tengo, Marianne!

Ella se pone en pie. Sus ojos brillan.

—¿Estás seguro, Alain?

La agarro por el brazo y la llevo hasta el borde mismo de la piscina. Señalo el fondo con la otra mano.

—Mira, Marianne. ¿Qué es lo que ves bajo las aguas?

Ella vacila un momento.

—El fondo de losas...

—¡Exactamente! —gritó con acento triunfal.

—¡Dios mío! Alain, ¿no irás a sugerirme que...?

—No sugiero, afirmo —contesto rotundamente—. Lo que sea, está ahí abajo. Doce losas en dirección norte y cinco en dirección este. En la intersección de ambas hileras de losas, está lo que buscamos... ¿Qué es lo que buscamos, Marianne? —pregunto bruscamente.

Ella palidece. Lo sabe, pero no quiere o no se atreve a decírmelo.

—Los cuerpos —digo—. Unos cuerpos... naturalmente ya cadáveres. ¿A quiénes pertenecen, Marianne?

Sus ojos despiden un raro fulgor.

—A tus padres, Alain —contesta.

CAPÍTULO XIV

¡Luego es cierto! ¡Yo he estado en la «Maison» antes de ahora!

Pero Marianne se ha negado a darme más detalles, alegando — ¡una vez más! — la prohibición que le ha impuesto Jean. ¿Qué extraño dominio ejerce su hermano sobre ella?

No me ha quedado otro remedio que resignarme. Sin embargo, hemos quedado de acuerdo en una cosa.

Es preciso desaguar la piscina y levantar la losa que cubre los restos de mis padres. Sólo por esto no me habrían hecho venir de Nancy.

¿Qué es lo que hay bajo la losa; además de sus restos?

«Un tesoro», Marianne lo dijo bien claramente, con toda seguridad de modo involuntario. En tal caso, ¿qué derecho puedo alegar yo sobre ese presunto tesoro?

¿Por qué fueron enterrados aquí mis padres?

Es preciso que deje de revolver las preguntas en mi cerebro, o de lo contrario me volveré loco. Siempre creí que mis padres habían sido ejecutados por los alemanes... Recuerdo perfectamente que nos separaron brutalmente en el campo de prisioneros y ya nunca más volví a saber de ellos. Ahora, de repente, al cabo de los años, cuando yo pensaba que sus restos estarían confundidos con los de cientos de patriotas en una anónima fosa común, resulta que se hallan aquí, en la «Maison», bajo tres metros de agua.

Son cerca de las once de la noche. Marianne y yo nos encontramos de nuevo en la biblioteca. Por indicación mía, ella que dispone de más libertad de movimientos, ha llevado ya al túnel un pico, una barra de hierro y un farol. Sin pronunciar palabra, apenas me ve, abre la chimenea.

Estoy seguro de que Jean no tardará ya mucho en hacer su

aparición. Entonces, sabré todo lo que ignoro hasta ahora.

—¿Estuvo Jean buscando también los cuerpos? —pregunto, mientras caminé a lo largo del túnel, recordando el pesado saco que llevaba el hermano de Marianne.

—Sí. Creíamos que estarían en los sótanos de la casa.

—Y —añado—, hallando los cuerpos, aparecerán también las pruebas de que fueron asesinados, ¿no es cierto?

—Sí —afirma Marianne lacónicamente.

Ya no hablamos más hasta salir al exterior. Hay una pálida luna en lo alto del cielo, y sus rayos convierten la superficie de las aguas en un espejo de plata. Pero hace frío y no conviene permanecer quieto mucho tiempo.

Me acerco al trampolín y me agacho para situarme bajo su estructura. Hago girar la rueda que abre el desagüe. Un sordo murmullo se oye al instante.

En el mismo momento, Marianne me lanza un aviso.

—¡Alain, viene alguien!

—Escóndete, pronto —le ordenó perentoriamente. Y ella corre a ocultarse con toda rapidez detrás de unos arbustos próximos.

Salgo de debajo del trampolín y me enderezo. Casi en el acto, una blanca silueta aparece ante mis ojos.

Es Sandra, la loca.

Su rostro está deformado por una expresión de odio indescriptible. En la mano derecha lleva un largo cuchillo.

Sin emitir una sola palabra de aviso, se arroja sobre mí. Está ansiosa por acuchillarme... Me inclino a un lado en el instante en que ella descarga el golpe, a la vez que extendiendo el brazo derecho para apartarla a un lado.

Su fallo y mi acción conjuntos determinan que pierda el equilibrio. Yo he caído medio arrodillado al suelo.

Sandra deja escapar un grito horroroso. El impulso que llevaba la ha situado al borde de la piscina. Vacila, quiere detenerse, manotea frenéticamente, cogiendo puñados de aire. Luego cae al agua con sonoro chapoteo.

Su grito se corta instantáneamente. Me pongo en pie y me acerco de un salto al borde de la piscina, a un metro del cual se ve hervir un siniestro remolino de líquido.

Sandra asoma un segundo, agitando los brazos de una manera

espantosa. Un gorgoteo infrahumano se escapa de su garganta, porque se da cuenta del gravísimo peligro que corre.

Y yo también. A pesar de que ha tratado de asesinarme tan sólo unos segundos antes, quiero evitarle una muerte tan horrible.

Busco con la mirada una cuerda, una rama, algo, en fin, a lo que pueda asirse. Pero no encuentro nada y, no ya los segundos, sino las décimas de segundo cuentan.

La fuerza de succión del agua que se escapa por el túnel de desagüe es potentísima. Antes de que pueda realizar el menor esfuerzo por salvarla, Sandra es atraída por el vórtice que zumba oscuramente, con un sordo bramido que pone los pelos de punta. Gira dos o tres veces sobre sí misma y luego desaparece bajo las aguas.

Retrocedo un paso. He de apoyarme en un soporte del trampolín, porque las piernas se niegan a sostenerme. Me imagino a la infeliz Sandra arrastrada por la irresistible fuerza del agua que escapa a través del enorme tubo, golpeada contra sus paredes, tundida, aturdida, luchando agónicamente contra la falta de aire y, al fin, perdiendo el conocimiento para sumirse definitivamente en la negrura de la noche eterna.

Me paso una mano por la frente y la retiro completamente mojada. Casi me parece haber sido yo el autor de esa muerte.

Suena un grito.

—¡Alain!

Me enderezo. Marianne corre hacia mí y se refugia en mis brazos. Como yo, está estremecida de horror.

—Marianne, te juro que no hice otra cosa que defenderme —hablo atropelladamente—. Ella me quiso apuñalar...

—Lo sé, lo sé, Alain. Pero ¡ha sido tan horrible! —Tiembla convulsivamente y durante unos momentos, parece a punto de desmayarse. Sin embargo, logra recobrarse y añade—: No debes reprocharte nada, Alain; tú hiciste solamente lo que debías.

Asiento en silencio. Luego pienso en lo difícil que me va a ser explicar la muerte de Sandra. Su cuerpo ha sido arrastrado por las aguas y emergerá en el Rhin, donde será hallado mañana, pasado o Dios sabe cuándo. Puede que quede en la orilla francesa, puede que aparezca en el lado alemán... Los pensamientos, enloquecedores, se agolpan en mi mente y me aturden, me desconciertan y me enervan

durante algunos momentos.

¿La identificarán cuando la encuentren? ¿Qué ocurrirá cuando se practique la indagación correspondiente?

Marianne me sacude fuertemente.

—Alain.

El sonido de su voz me vuelve a la realidad. Contemplo su rostro a través de un velo turbio.

—Ten ánimo —dice ella—. Tú no la mataste... Fue Sandra la que cayó a las aguas... incluso, en el peor de los casos, puesto que no hay señales de violencia en su cuerpo, puede alegarse que se suicidó...

¡Una manera ciertamente original de suicidarse, a fe mía!...

Pero en último caso, siempre podría defenderme alegando que su insania, en una crisis particularmente aguda, la empujó a poner término a su propia vida.

Respiro hondamente. El mal momento que he tenido se me pasa.

—Sí, podríamos decir una cosa por el estilo —afirmo, de acuerdo con Marianne.

Las aguas siguen arremolinándose, aunque su nivel ha descendido ya considerablemente. Es lógico, si se tiene en cuenta la excepcional anchura del túnel de desagüe.

Puesto que la piscina, en principio, fue destinada a cripta, que al ser terminada su construcción debía cubrirse, en lugar de ser excavada directamente bajo tierra, resulta lógico que disponga de un túnel de escape, semejante al que existe en la «Maison». Es esa oscuridad la que se aprovechó para facilitar la evacuación de las aguas cuando se precisara vaciar la piscina.

Agarro el saco de las herramientas, el cual me recuerda al que vi en manos de Jean. Asido al brazo de Marianne, camino unos cuantos pasos, bordeando el estanque, en el cual el nivel de las aguas ha decrecido ya hasta la mitad.

Ya se ve la parte superior del túnel. La luz de la luna es suficiente, aparte de que tenemos las pupilas habituadas a la noche. El agua escapa por el sumidero, produciendo un ruido sordo, terrorífico. Su velocidad es enorme, lo cual indica que existe una fuerte pendiente, quizá de un diez por ciento, nada extraño si se tiene en cuenta la cota de la «Maison» con respecto al nivel de la orilla del Rhin, que debe ser de unos cincuenta metros,

aproximadamente.

El cuerpo de Sandra estará flotando ya sobre las aguas del río.

Sacudo la cabeza, a fin de sustraerme a tan macabros pensamientos. Marianne tira de mí y me lleva en dirección a la entrada al claustro, situada en la parte opuesta al sumidero. Resulta fascinante ver cómo decrece la altura de las aguas.

Al otro lado hay una serie de escalones de piedra, hechos para dar acceso a la cripta que nunca llegó a cubrirse. Nos situamos allí y esperamos a que la piscina quede vacía por completo.

—¿Por qué me traes aquí? —pregunto al cabo de un momento.

—En mi opinión —responde Marianne—, debemos empezar a contar las losas desde aquí, mejor dicho, desde el final de la escalera.

—Parece lógico —asiento. Examino el paraje críticamente durante unos segundos.

El eje longitudinal de la piscina está orientado según la dirección este-oeste, cosa natural, si se piensa que estaba destinado a cripta. Las iglesias cristianas tienen esa misma orientación.

Por lo tanto, el eje transversal sigue la dirección norte-sur. Es preciso, pues, situarse al pie de la escalera y contar desde allí las losas para hallar la que buscamos.

Una viva emoción me invade. ¡Qué extraños caminos hubieron de seguir mis padres, arrancados del campo de prisioneros por los sicarios de la Gestapo, para venir a morir allí, a la «Maison»!

La idea de que pronto hallaré los restos de los seres a quienes quise más en esta vida, me turba profundamente. Ahora podré saber las causas que determinaron su muerte.

De repente, una súbita sospecha invade mi ánimo. ¿Fueron asesinados por alguno de los habitantes de la «Maison»?

En tal caso, sólo pudo ser el viejo... no, también Wolf pudo ayudarle a cometer el crimen. Tengamos en cuenta que hace ya más de dieciocho años que murieron y que Tamara debía ser una niña entonces, lo mismo que Marianne, la cual cuenta con menos edad todavía. Si esto es cierto, ¿qué oscuros y sórdidos motivos empujaron a esos dos viles sujetos al crimen? ¿Les ayudó también François, el guardabosque?

La mano de Marianne oprime mi brazo de repente.

—¡Alain, ya se ve el fondo!

Es verdad. Ya se divisan las losas, largas de un metro por la mitad de anchura. Algunos pequeños charcos de agua quedan entre ellas, pero es posible descender al suelo.

—Vamos —dice Marianne, empujándome.

Desciendo las escaleras, profundamente preocupado por un detalle. ¿Cómo es posible que dos cuerpos quepan en un espacio tan pequeño? A menos que los incinerasen después de asesinarlos...

Me detengo en el último peldaño, antes de tocar el fondo de la piscina. Las losas son perfectamente iguales y están colocadas en forma emparejada, en hileras completamente rectas. Bien, veamos... Cuento cinco hileras y me detengo en la quinta.

—Ahora doce —susurra Marianne.

La luz de la luna no es suficiente del todo.

—Quédate aquí —le dijo.

Voy hasta la pared del norte, pisando por encima de la quinta hilera de losas. Luego me vuelvo y camino de nuevo, contando las losas. Así llego a la duodécima.

—Aquí es —digo. Y, en el acto, me corrijo—. Mejor dicho, suponemos que es... pero no sabemos qué hay.

Marianne no contesta. Sin embargo, yo adivino que ella sí sabe lo que vamos a encontrar bajo la losa.

Desato el saco y extraigo de su interior las herramientas y el farol. Éste es de petróleo, con reflector. Lo enciendo y lo deposito en el suelo, enfocando el haz de rayos hacia la losa que es preciso arrancar de su alvéolo.

Tomo la barra y doy unos cuantos golpes sobre la piedra. El ruido suena a hueco.

Indudablemente, hay algo debajo. Una fuerte excitación se apodera de mí. ¿Qué es?

Me arrodillo en el suelo y tomo la piqueta. Examino la junta con las losas contiguas. Capto un detalle revelador: hay cemento en dicha junta. Eso significa que años atrás se levantó la losa para esconder algo debajo de ella y luego se unió con cemento.

Empiezo a picarlo. Hago ruido, pero no lo puedo evitar. A fin de disminuir en lo posible ese ruido, golpeo con la máxima suavidad aunque con cierta rapidez.

Pasan los minutos. El cemento va saltando. Poco a poco, lo voy eliminando. Aun así, la labor es larga y tediosa. Empiezo a sudar.

—¿Quieres que te ayude? —sugiere Marianne al cabo de un rato.

Deniego con un gesto. No, no quiero detenerme hasta que pueda levantar la losa.

Transcurren los minutos. Pasa una hora, casi dos. Veo que he arrancado ya una buena extensión de cemento. El intervalo entre piedra y piedra es de unos dos centímetros.

—Voy a probar con la barra —sugiero, y Marianne asiente.

Tomo la barra e introduzco la parte plana en la juntura. Marianne toma la piqueta para ayudarme si es preciso.

Hago palanca. Al cabo de un par de esfuerzos, suena un crujido.

¡La piedra se mueve!

—¡Animo, Alain! —dice Marianne.

Esta piedra pesa endemoniadamente. Pero ya la levanto. No obstante, cuando estoy a punto de triunfar, me doy cuenta de que necesito un descanso.

—Mete la piqueta, Marianne.

La herramienta aguantará la losa unos momentos, los justos, mientras me enjugo el sudor y tomo aliento. Marianne me mira y sonrío.

Yo también sonrío. Puede decirse que estamos al cabo de las investigaciones.

Después de unos minutos de descanso, empuño de nuevo la barra de hierro. La piedra, poco a poco, va girando y levantándose. Marianne me ayuda con todas sus fuerzas.

¡Un empujón más! ¡La losa está fuera!

Cae al suelo con sordo estruendo, que ninguno de los dos escuchamos. Los ojos de Marianne y los míos están hipnóticamente fijos en el negro hueco que ha dejado la losa al descubierto.

No hay la menor señal de cuerpos humanos. Pero sí veo una caja de metal, herméticamente cerrada. Tiene el tamaño de una caja de habanos, aunque con el doble de su grueso.

Alargo la mano para tomarla. En ese instante suena una voz.

—¡No toque esa caja, profesor!

CAPÍTULO XV

Dos personas descienden lentamente por la escalera. En la mano de una de ellas veo el brillo de un objeto metálico. No me cabe la menor duda de que es una pistola.

—Apártense de ahí —ordena el señor Kerz-Hérault.

Marianne y yo obedecemos en silencio. El otro individuo es Wolf.

La pareja se detiene a pocos pasos de nosotros. Una mueca sardónica desfigura los labios del viejo.

—Muchas gracias por habernos evitado un trabajo —dice.

Impulsivamente, Marianne, da un paso hacia adelante.

—¡Lo que hay en esa caja pertenece únicamente a Alain!

—Ahora es nuestro —contesta Hubert con voz tensa, metálica. Mueve significativamente la mano con que empuña la pistola—. ¿Lo vas a poner en duda, *ma*

p'tite

?

Atraigo a Marianne hacia mí.

—Calma, querida —dijo—. No creo que estos dos caballeros se atrevan a intentar nada malo contra nosotros. Correrían un grave riesgo si lo hiciesen.

—¿De veras? —se burla el viejo cínicamente—. Mi querido Alain Kerz-Hérault, qué poco me conoces.

—¿Qué ha dicho? —grito. La cabeza me da vueltas. ¡Me ha llamado Kerz-Hérault!

—Ya lo has oído, sobrino —contesta Hubert—. Tú también perteneces a la familia. Como tus padres... que en paz descansen.

—Gracia a usted —digo, con los labios apretados—, porque todavía podrían vivir.

Hubert se encoge de hombros.

—La vida, sobrino, qué le vamos a hacer. No tuve otro remedio que suprimirlos.

¡El cinismo de ese viejo es sorprendente! Sin embargo, no reparo demasiado en ese detalle, atónito por la inesperada revelación. Yo, un Kerz-Hérault... Pero, entonces, ¿cómo mis padres se hacían llamar Graffais...?

—¿Dónde los enterró usted? —pregunto.

—En el torreón —contesta el viejo—. Debajo de las losas de uno de los descansillos de la escalera que conduce a la plataforma superior.

Una súbita sospecha invade mi mente.

—Entonces... fue usted el que los hizo traer aquí desde el campo de prisioneros.

—Exactamente —confiesa Hubert sin ningún rubor—. Tenía muy buenos amigos entre los alemanes, ¿sabes?

¡Un despreciable colaboracionista! ¿Cómo es que no lo han fusilado todavía?

—Y, supongo —añado—, que el motivo de separarme de ellos fue esa caja de metal que está ahí.

—Cierto. Pero como ninguno de los dos quiso decirme dónde estaba, los maté.

Siento que me acomete una terrible oleada de cólera. La incalificable vileza de Hubert no estriba tanto en la comisión de su crimen, como en la absoluta desvergüenza con que lo confiesa.

—Y todo por unas joyas, presumiblemente —digo.

—Así es. Las que están contenidas en esa cajita.

—¿Cuándo las escondieron mis padres?

—Hace ya muchísimos años. Nunca quisieron decirme el escondite, aunque yo me imaginaba que debían hallarse en algún lugar de la «Maison». Tu padre, querido sobrino, era un hombre muy inteligente. Claro que al final no le sirvió de nada.

De repente me echo a reír.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te ríes, Alain? —pregunta el viejo, furiosamente.

—Es bien sencillo —contesto—. Usted ha cometido dos crímenes y esperado muchos años para encontrar unas joyas. ¿Cuántos cree que le quedan de vida, aunque sus delitos queden impunes? Es

usted viejo, miserablemente viejo... y además, tiene al lado una pareja, me refiero a ese borracho y a su esposa, que le arrebatarán las joyas para disfrutar ellos de su valor, puesto que son jóvenes y todavía les queda mucha vida por delante. En cambio, usted, con un pie ya en el sepulcro...

Una convulsión de ira sacude el cuerpo de Hubert.

—¡Calla! —Ruge—. Calla o te mato aquí mismo.

—Pero ¿no es eso lo que piensa hacer? —digo. En estos momentos siento un absoluto desprecio por el arma que empuña. Sólo la presencia de Marianne a mi lado me impide saltar hacia él, para tratar de arrebatarle la pistola.

—Espere —dice la muchacha—. ¿Por qué mataron a Gaby? ¿Quién lo hizo?

—François. La golpeó en la cabeza y luego la arrojó a la piscina. Ha sido una coincidencia, porque es una muerte que no tiene nada que ver con este asunto. Simplemente, François se sintió celoso de ella y, en el curso de una discusión, la asestó un terrible golpe con la carabina que siempre llevaba encima —el viejo ríe—. Se sentía celoso de mí.

—Y luego, entre los dos lo mataron —añado, señalando a uno y a otro. Sin esperar su confirmación, continúo hablando—: ¿Qué pasó, no querían repartir con François el botín?

—Algo por el estilo —admite Hubert con sumo desparpajo.

—Y querían achacarme a mí su muerte.

—La verdad, casi más bien fue un toque artístico —vuelve a reír Hubert.

—Pero ya el segundo día de mi estancia aquí sufrí un atentado. Luego me envenenaron la leche. No hace más que un par de horas, Sandra intentó apuñalarme. ¿Por qué?

—Eso eran cosas de Sandra. Te odiaba, sobrino.

—¿Quiere explicarme? —ruego.

Wolf se impacienta. Refunfuña algo entre dientes.

—Sí —concuerta el viejo—. Tienes razón. Es preciso acabar cuanto antes —y levanta la mano armada, apuntándome al centro del pecho.

—Los tiros se oirán —digo desesperadamente, tratando de ganar tiempo.

—No —sonríe el viejo con infinita perversidad.

—Y nuestros cuerpos...

—Llenaremos la piscina nuevamente y luego abriremos el desagüe. ¿Quién sabe dónde irán a parar?

Entonces suena una voz.

—¡Arroje esa arma, tío Hubert!

Con una agilidad impropia de sus años, el viejo se vuelve y hace fuego.

El disparo estalla secamente, como un gran latigazo. No sé quién es el que ha amenazado al viejo, pero en esos momentos me importa poco. Agarro a Marianne por la cintura y la empujo al suelo, junto conmigo.

En el borde superior de la piscina brillan dos fogonazos muy juntos. Hubert lanza un terrible chillido y se retuerce sobre sí mismo.

La pistola cae de sus manos a las losas y rebota metálicamente. Él se arrodilla, mientras Wolf, a su lado, permanece convertido en una estatua.

Hubert emite un terrible ronquido. Luego, de pronto, se desploma al suelo. Su cabeza choca con sonido hueco contra las losas, pero ya no lo nota.

¡Está muerto!

Varias luces se encienden. Un hombre, pistola en mano, desciende la escalera a saltos. Con gran asombro, reconozco a Jean.

Jean no viene solo. Le acompañan algunos gendarmes de uniforme.

Señala al petrificado Wolf y ordena:

—¡Pónganle las esposas!

Los gendarmes se apresuran a cumplir la orden. Luego, Jean se aproxima sonriente a nosotros.

Presiento que mi pesadilla ha terminado, aunque todavía espero algunas explicaciones.

EPÍLOGO

Hay una cosa que me preocupa terriblemente. Yo soy un Kerz-Hérault y Marianne una Rachel-Kerz. Tengo presentes los ejemplos de la desgraciada Sandra y del poco agradable Antoine. ¿Qué taras no heredarán los hijos que nazcan si unimos nuestras sangres?

Estamos en el comedor, delante de un buen fuego. Jean, el hermano de Marianne, sirve unas copas de aguardiente, que nos confortan después de los terribles momentos vividos. La caja de metal está sobre la mesa. Aún no la hemos abierto, pero sé que pesa considerablemente.

Me entero de que Jean es inspector de la Sûreté Nationale y que andaba ya hacía tiempo indagando sobre la muerte de mis padres, aparte del colaboracionismo de Hubert. Wolf ha declarado que Hubert hacía mucho tiempo que investigaba mi paradero. Por fin, logró dar con un antiguo guardián del campo de prisioneros, el cual le informó del tatuaje, que había visto hacer a mis padres, aprovechando los momentos de inconsciencia provocados por una terrible enfermedad que padecí y que estuvo a punto de acabar mi vida. Luego, leyó en el periódico la nota de que yo había sido destinado al Liceo de Nancy y entonces fue cuando empezó a elaborar el plan que nos ha conducido a la actual situación, partiendo de la base que el tatuaje había de indicar el lugar donde estaban las joyas.

Fracasado en su primer intento, cuando asesinó a mis padres, sólo le quedaba este recurso para conseguir sus perversos designios.

—Y a mí también me hubiese matado, de no haber sido por tu oportuna intervención, Jean —digo.

El hermano de Marianne sonrío.

—Hacía ya mucho tiempo que estábamos allí, escuchándolo

todo. Tío Hubert no tenía la más mínima probabilidad de conseguir lo que deseaba.

—Pero —me paso una mano por la frente—, ¿y Sandra? ¿Por qué trató de asesinarme tantas veces? Tío Hubert dijo que me odiaba.

Jean toma un sorbo de aguardiente.

—Es cierto —contesta—. Verás, primo Alain. Al año de casarse, tu madre tuvo un niño. El nacimiento resultó extremadamente dificultoso, hasta el punto de que el recién nacido murió y tu madre sobrevivió de milagro. Los médicos dictaminaron después que ya no podría tener más hijos. Eso destrozó el corazón de tu madre. Al cabo de dos años, decidieron adoptar un chiquillo; ella no podía vivir sin un hijo.

—Y ese niño adoptado soy yo —murmuro meditabundo. Y comprendo por qué algunos parajes me parecen conocidos. Imborrables recuerdos de la niñez.

—Sí. Adoptado a todos los efectos legales. Tu apellido, en efecto, es Kerz-Hérault, y la «Maison» y las joyas son tuyas, porque todo era de tus padres.

He aquí las causas del diabólico odio de Sandra. No podía consentir que la «Maison» fuese a parar a alguien por cuyas venas no circulaba la sangre de la familia. Todo lo que decía y hacía era fingido; sólo buscaba la ocasión propicia para asesinarme. ¿Quién sabe si yo no debía haber muerto ya la primera noche, de haber bebido el vaso de leche que había sobre la mesilla?

—Pero yo siempre creí que me llamaba Graffais —alego.

—Cuando tenías cuatros años, tus padres abandonaron la «Maison». Tío Hubert conocía el testamento y amenazó con matarte. Por eso ellos te llevaron lejos de aquí y, a fin de impedir cualquier ulterior investigación, cambiaron de apellido. Tío Hubert, sin embargo, era tenaz y al cabo de nueve años consiguió localizaros en aquel campo de concentración.

Pienso en la vida de ese pobre hombre, roída siempre por el odio y la envidia. ¿Era él el loco o lo era la pobre Sandra?

—Y por eso me hizo venir aquí —agrego, meditabundo.

—Así es. Al cabo de treinta años de espera, iba a conseguir lo que tanto había ambicionado.

Callo unos momentos. Por un lado, lamento no ser

verdaderamente hijo de aquella pareja a los que tanto quise. Pero por otro, me alegra, ya que así no llevo en la sangre los estigmas de los Kerz. Marianne y Jean parecen sanos —y seguramente lo están —, pero, por si acaso, mejor será que el hombre que se case con ella —yo—, no tenga en sus venas unas gotas de la sangre de los Kerz.

—¿Qué será de Wolf? —pregunto.

—Lo acusaremos de complicidad en la muerte de François por lo menos —responde Jean—. Ya veremos cómo se defiende.

—¿Y Tamara?

—No podemos probarle nada. Quedará en libertad. Naturalmente, se hubiera aprovechado del botín, pero su actuación en este caso ha sido más bien contemplativa. Ciertamente que podía habernos avisado, pero si la acusáramos, se defendería negando saber nada. Lo mismo que Sabine. Y de la cocinera me lo creo más. Es una buena mujer, seguramente amedrentada por François, el cual no debía permitirle meter las narices en sus asuntos.

Abro la caja. Hay muchas joyas, en efecto, y valen una fortuna. Pienso si mereció la pena derramar tanta sangre por ellas.

Pero no está en mi mano rectificar el pasado. En cambio, sí puedo forjar el porvenir. Y las joyas me ayudarán a ello bastante.

—Daremos una parte a Tamara —digo—. Ahora se quedará sola y... Ah, me olvidaba de Antoine. Hay que enviarle cuanto antes a un buen colegio. Es preciso que le corrijan ese endiablado carácter. Con la inteligencia que posee, quizá llegue a ser algo si consigue una buena base cultural.

Miro a Jean.

—¿Eres soltero?

—Sí, pero me casaré pronto.

—Te haremos un buen regalo —digo.

—¿Haremos? —pregunta. De pronto mira a Marianne y se echa a reír—. ¡Ah, sí, claro! Bien, lo aceptaré con mucho gusto.

Nos guiña el ojo.

—Me imagino que debéis arder en deseos de quedaros solos. Y yo tengo todavía muchas cosas que hacer. Hasta la vista, pareja.

—Adiós —decimos Marianne y yo al unísono.

La puerta del comedor se cierra. Marianne y yo quedamos solos.

Nos miramos al fondo de los ojos. Tomo sus manos entre las mías.

Poco a poco, nos vamos acercando el uno al otro...

Pero lo que sigue a continuación, no interesa a nadie sino a Marianne y a mí.

FIN

id. 62



EL ALARIDO DE ALLA ARRIBA

por Keith Luger

Debra fue tras él.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—Disculpe, señorita, pero no tengo tiempo para presentaciones.

Tiró del colchón levantándolo de la cama, pero tampoco allí encontró nada. Entonces se dedicó a la mesilla de noche.

Debra se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—Eh, ¿a dónde va?

—Voy a salir de aquí para pedir que lo detengan.

—No sea tonta, no haga eso.

—Quiero que reciba su castigo. Ha matado a un hombre.

¿Cuál era el secreto?

¿Por qué todos, estremecidos de horror, habían escuchado

EL ALARIDO DE ALLA ARRIBA?

*¡Lea usted esta sensacional novela de
KEITH LUGER!*

EL ALARIDO DE ALLA ARRIBA

próximo número de

COLECCION PUNTO ROJO



COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de que es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL DRUGUERA, S. A.

A vintage advertisement for Osborne VETERANO brandy. The background is a dark blue gradient with a bright, glowing sunburst in the upper left corner. Two women are featured: one in the upper left wearing a red sleeveless dress with a black floral pattern, looking back over her shoulder and pointing her finger; the other in the lower left, tilted upwards, wearing a white dress with a large green floral pattern and smiling. To the right is a bottle of Osborne VETERANO brandy. The bottle has a dark body and a light-colored label with the text 'BRANDY V.O. VETERANO', 'OSBORNE', 'ESTA PRODUCCIÓN DE 1910', and 'PUERTO DE SANTA MARÍA'. The overall style is mid-20th-century graphic design.

GUSTA ESO

OIGA...

eso tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 pts. • Impreso en España • Printed in Spain

Notas

[1] Répondez

s'il

vous plaît. (Se ruego la contestación). < <